

CORRESPONDENCIA

EMUY (China)

El Ilmo. Sr. D. Fr. Esteban Sánchez de las Heras (1)

Nació este esclarecido hijo de Santo Domingo (escribe un reverendo Padre misionero de la Orden de Santo Domingo) en Tudela, perteneciente á la diócesis de Pamplona. Vino al mundo en el año 1851 el día 3 de Agosto, ó sea la víspera de la fiesta de nuestro Patriarca Santo Domingo, á cuya gloriosa Orden había con el tiempo de pertenecer. Desde joven se sintió llamado á formar en las filas de la sagrada milicia; así es que no teniendo noticia aún de nuestra Orden Dominicana, pidió ingresar en el Seminario patrio, con el único fin de consagrarse todo á la salvación y dirección de las almas. Solamente estudió los dos años primeros de la gramática latina, porque habiendo llegado á sus oídos la fama de nuestro Colegio de Ocaña, animoso se dirigió á alistarse en las filas de los que allí militaban bajo las banderas de Domingo con intención de pasar al Extremo Oriente á propagar el Evangelio. Tomó el hábito en aquella santa casa el 13 de Septiembre de 1868, año por cierto memorable en la historia de España, y en la del convento de Ocaña también, mereciendo profesar al siguiente por Diciembre, habiéndose diferido ésta por causa de lo calamitoso de los tiempos.

Destinado á las islas Filipinas, después de aprobados tres años de filosofía y cuatro de teología, se embarcó en Barcelona el 10 de Septiembre de 1878, llegando á Manila el 12 de Octubre inmediato. Atendidas sus raras cualidades de acierto y prudencia, dispusieron los superiores nombrarle presidente de la Misión.

Poco tiempo permaneció en Manila el P. Esteban. Saturado y como empapado en las cartas de nuestros misioneros de China, que anualmente aparecen en el *Correo Sino-Anamita*, y sintiéndose llamado por fuerzas superiores é irresistibles hacia nuestras dilatadas Misiones del imperio Sinense, la primera cosa que hizo al llegar á Manila fué pedir humildementé á sus supe-

riores que le destinasen á la Obra de la Propagación de la Fe.

Pronto consiguió lo que pedía. Apenas hacía un mes que se encontraba en Manila, cuando el 24 de Octubre del mismo año 1878 fué escogido para la gran Misión de China. El día 6 de Noviembre del referido año se le expedía la patente de misionero en compañía del muy R. P. Fr. C. Arranz, actual vicario general de esta Misión de Emuy, destinado para la Misión de Formosa. El día 9 del mismo mes se embarcaban para Hong-kong, á donde llegaron el 13, no sin haber pasado un fuerte temporal, que puso en peligro la vida de ambos. Después de pasados algunos días en aquella colonia inglesa en compañía del M. R. P. procurador Fr. Evaristo Torres, se embarcaron de nuevo para Focheu, donde llegaron á principios de Diciembre del mismo año. Obligados á presentarse al Ilmo. señor Calderón para prestar en sus manos el juramento de la Bula *Ex quo* de Benedicto XIV acerca de los ritos chinos, partieron el 9 para Fogan, y llenado tal expediente, por Pascuas de Navidad se hallaban de regreso en la ciudad de Focheu.

Ya está nuestro P. Esteban en su Misión querida. El M. R. P. vicario provincial Fr. José Coltell, que sabía apreciar en lo que valen las condiciones de los jóvenes, habiendo penetrado en el fondo del corazón del Padre Esteban, le destinó á la nueva Misión de Hin-húa, que comprendía los distritos de Au-tau, Pin-hai y Nang-tih.

Poco después el ilustrísimo Sr. Salvador Ma-

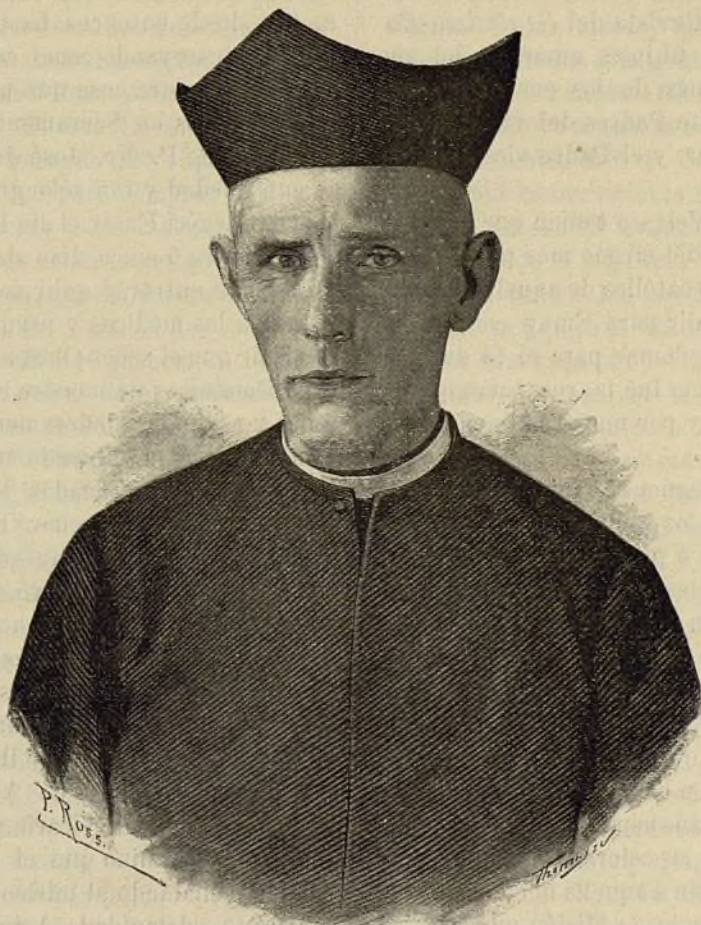
sot le confió la superintendencia de aquellas nuevas cristiandades.

¿Cómo explicar en breves palabras lo que el P. Esteban trabajó en la predicación y en la evangelización de sus cristiandades? La prueba más elocuente que puede darse, y ella lo dice todo, es la enumeración sencilla de las casas que levantó en el corto espacio de tiempo que vivió. Primeramente en An-tau edificó la iglesia y además una escuela para niños. En Nang-tih la casa residencia para el misionero, y en la ciudad de Focheu un orfanatrofio para niñas de la Santa Infancia.

Edificó además tres capillas en otras tantas cristiandades, y también construyó la torre, complemento de la magnífica iglesia que el Sr. Masot levantara en Pin-hai.

Vacante la vicaría provincial por haber sido elegido

45 Abril 1897



R. P. FEDERICO FAURA, de la Compañía de Jesús. (Pág. 189)

(1) Véase su retrato en la pág. 121.

obispo el M. R. P. Fr. Ignacio Ibáñez, que la desempeñaba, fué nombrado nuestro P. Esteban para sucederle el 29 de Agosto de 1893. Muerto el Sr. Ibáñez á los ocho días de su consagración en el 14 de Octubre de 1894, nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, con fecha 15 de Enero de 1895, se dignó crearlo obispo de Zaraita en la Mauritania Cesariense y vicario apostólico de Emuy. Llegados á sus manos los despachos necesarios de Roma, recibió la consagración episcopal el 12 de Mayo del mismo año en la ciudad de Focheu de mano del Sr. Masot, asistido de los señores obispos Terrés y Velasco, el primero vicario apostólico del Tunkin Oriental, y el segundo coadjutor del Septentrional. No es posible reducir á cortas líneas la descripción de la grandiosa solemnidad que con dicho motivo se celebró en Focheu. En la Revista del *Santisimo Rosario* puede leerse en los últimos números del año 1895. Baste decir que además de los cuatro señores Obispos asistieron seis ó siete Padres del vicariato del Norte y tres ó cuatro del Sur, y el Padre viceprocurador de Hong-kong.

Como los Sres. Terrés y Velasco tenían que estar de vuelta en Hong-kong el 17 del mismo mes para asistir á la consagración del Obispo católico de aquella colonia, determinó el Sr. Sánchez salir para Emuy con dichos señores, fijando su entrada solemne para el 14 del mismo mes de Mayo. Solemnísima fué la recepción que se le hizo por nuestros Padres y por nuestras buenas Madres de la Santa Infancia.

El 14 por la madrugada llegó á la bahía, acompañado de los señores Obispos y de los Padres que de este vicariato habían ido á Focheu á presenciar su consagración y acompañarle á esta iglesia de Emuy, que la Santa Sede le confiara. No bien había anclado el vapor, cuando las campanas de nuestra iglesia fueron echadas al vuelo, pregonando con sus lenguas de bronce á todos estos cristianos, que su nuevo Padre y Pastor había llegado. Como los barcos en que ordinariamente viajamos los Padres misioneros son bastos y hasta sucios, se pidieron los botes del consulado español, que lujosamente engalanados y ostentando los colores del pabellón nacional, orgullosos trasbordaron á aquella noble comitiva.

Puedo asegurar que esta querida Misión nunca había visto recibir á su Prelado con tan expresivas muestras de júbilo.

¿Quién había de pensar entonces, que el señor Obispo no había de pasar de año y medio en su nueva silla?

¡Oh pobrecita Misión! Mucho es lo que te quiere el Señor, pues tan á manos llenas te envía y te reparte sus tribulaciones!!!

Una de las primeras empresas que llevó á cabo el señor las Heras fué la reconstrucción formal del Seminario, que hacía algunos años se hallaba sin alumnos, debido á las terribles pruebas de enfermedades con que plugo al Señor visitarle.

Otra de las grandes obras que tenía meditada, y ya casi en vías de arreglo y conclusión, era el establecimiento de un beaterio de jóvenes doncellas, que con el tiempo sirvieran de catequistas de mujeres en esta Misión.

Estos han sido las principales obras y proyectos del Ilmo. P. Fr. Esteban Sánchez, hasta que la inflexible

muerte ha venido como mensajera de las disposiciones celestiales á cortar el hilo de aquella preciosísima existencia.

El señor Obispo disfrutaba de una salud envidiable y nadie pensaba que en la temprana edad cuarenta y cuatro años había de desaparecer de la tierra.

A mediados de Julio comenzó á sentirse mal, pero no creyó hasta después de algunos días, que la pequeña calentura que le molestaba le había de ocasionar la muerte; así es que en una carta que escribió al autor de esta relación cinco días antes de su muerte, decía que tuviese la bondad de pasar á Emuy para ayudarle y consolarle un poco, dado que se encontraba algo indispuesto. El día 20 de Julio se agravó la enfermedad, y el señor Obispo conoció su gravísimo estado; así es que desde entonces hasta el siguiente día en que murió conservando como conservaba todos sus sentidos, no hizo otra cosa que prepararse para la muerte. Recibió todos los Sacramentos con edificante fervor de mano del R. P. Fr. José Juvé, que sin saber nada de la enfermedad y tan sólo guiado por la Divina Providencia, llegó á Emuy el día 18 desde su cristiandad, distante cuatro ó cinco días de camino. Por tener dicho Padre que entrar y salir continuamente de casa para llamar á los médicos y preparar las medicinas, se puede decir que el señor Obispo murió en manos de las Madres Dominicas de nuestra Santa Infancia, quienes con amor y cariño verdaderamente filial le asistieron hasta la última hora, recibiendo sus últimos suspiros. Quedaron sumamente edificadas de la santa y dichosa muerte con que concluyó el señor Obispo.

Dichoso el que tan santamente vivió y murió.

La noticia fúnebre cayó como una bomba sobre toda la cristiandad, que tanto apreciaba á su señor Obispo, y más aún sobre los Padres, que apenas podíamos dar crédito á las cartas oficiales con que aquella se nos comunicaba. Avisados oportunamente todos los Padres y cristianos del vicariato, y llegado á Emuy desde Formosa el M. R. P. Fr. C. Arranz, á quien acababa de nombrar é instituir vicario general en el mismo mes de Julio, se determinó que el entierro se solemnizara lo posible, señalando al mismo tiempo el lunes 29 para tan triste solemnidad. Así se hizo en efecto. Después del entierro se señaló el siguiente día 30 para la celebración de las solemnísimas exequias. Nuestra bonita iglesia de Kang-boe, convenientemente adornada y materialmente cubierta de paños fúnebres, dispuestos por nuestras Madres de la Santa Infancia, presentaba imponente golpe de vista.

Esto es algo de lo mucho que acerca del señor Obispo difunto se podría decir. Debemos esperar que Dios nuestro Señor ya le habrá concedido la corona de justicia, que mereció por sus singulares virtudes.

¡Descanse en paz el bondadoso Padre y Pastor de nuestras almas!!»

INDOSTÁN

Nuestra Señora de Lourdes en las Indias

Las Religiosas de San José de Tarbes, cuya casa principal se encuentra en Cantaos, han visto sus casas multiplicarse con una rapidez maravillosa. Además de las numerosas escuelas que han

fundado en Francia, han ido allende los mares á cuidar á los enfermos é instruir á los niños. Dirigen ahora cinco hospitales ó escuelas en Venezuela, dos en el Ecuador (América del Sur), y tres en las Indias Orientales.

Hijas de los Pirineos en su mayor parte, y algunas vecinas de la Gruta de Massabielle, las intrépidas Religiosas son que han llevado en sus corazones el amor de Nuestra Señora de Lourdes, y lo han comunicado á los pueblos de estos países lejanos. Sobre todo han erigido oratorios, capillas, imágenes en honor de la Inmaculada Virgen. En Bangalore acaban de construir una magnífica gruta inaugurada el día 15 de Agosto último. La H. Ana María da los detalles de esta ceremonia en la siguiente carta dirigida á la M. Anselma, fundadora de la Misión, á quien la enfermedad obligó á volver hace tres años á la casa principal:

MI reverenda Madre: ¿Recordáis aquel día en que dijimos por primera vez: «Se necesita hacer una gruta de Lourdes en Bangalore?» Si la enfermedad no os hubiera separado de nosotras, la habríamos llevado á efecto muy pronto. Sin embargo, no olvidamos la idea de la gruta. Las almas generosas aprobaron nuestro proyecto, y nos dieron, unos diez rupias, otros veinte, y otros más. El Sr. Lesavich extendió una lista de subscripción y recogió 220 rupias. La señora Thumboo-Chetty dió 200 para comprar una estatua. Sería muy largo enumerar todos los bienhechores; basta saber que sus nombres están inscritos en el Corazón de la Santísima Virgen, que no dejará de recomendarlos.

Cuando nuestra reverenda Madre general, el P. Ozon, capellán de Cantaous, y la M. de la Encarnación, vinieron á visitarnos en el mes de Junio de 1895, comenzamos la obra. El reverendo Padre bendijo la primera piedra. Mil dificultades surgieron durante la construcción; pero la buena Virgen nos ha hecho gustar tanta alegría desde el día de la inauguración, que nos sentimos sobremanera indemnizadas.

La fiesta del 15 de Agosto fué escogida para bendecir é inaugurar nuestra amada gruta. Desde muchos días estábamos preparando los adornos. Las niñas católicas y protestantes nos han ayudado mucho para hacer guirnalda, y cortar las letras para las inscripciones. Han sido muy amables, como lo son siempre que les encomendamos algún trabajo. En la mañana de la Asunción dimos la última mano á las cortinas y guirnalda que debían adornar los bambúes.

Como queríamos, en cuanto fuera posible, que nuestra procesión de las antorchas se asemejase á las que se hacen en Lourdes, enrollamos las bujías en pequeños fragmentos de papel graciosamente plegado y festonado. Era blanco para los presbíteros y Religiosas, amarillo para las Hermanas indígenas, rojo para los seminaristas, rosa para los estudiantes del colegio, y azul para nuestras niñas; en fin, colores diferentes para el resto de los asistentes.

En el momento en que íbamos á completar estos preparativos, la Santísima Virgen nos sometió á una penosa prueba. Esto era á las tres; todas las banderas flotaban á merced del viento, los largos bambúes pintados de blanco y decorados con bandas azules, estaban unidos por guirnalda de verde follaje; todo estaba, por decirlo así, acabado, y nos ocupábamos en colocar aquí y allá los numerosos ramilletes de flores, cuando de repente descargó un terrible aguacero.

En pocos minutos los pabellones azules cayeron al suelo, los dorados habían desaparecido, los bambúes

habían perdido sus adornos, y el agua corría frente á la gruta.

Por un momento creímos que la procesión no se verificaría; pero el tiempo, como nuestra vida, tiene horas de tristeza seguidas de rayos de esperanza. El sol reapareció con todo su esplendor como para reparar los estragos de la borrasca.

Hacia las siete de la noche una multitud inmensa, compuesta de católicos y protestantes, se reunía en la iglesia de la parroquia, recibía la bendición del Santísimo Sacramento y se dirigía en procesión á la gruta cantando el «Ave, María de Lourdes.» Llegados al Compoud un espectáculo de los más hermosos se presentó á nuestra vista; eran los fuegos de bengala que mezclaban sus luces claras é intermitentes con la suave claridad de las bujías y de los farolillos artísticamente dispuestos frente á la gruta.

Después del canto «Reina del cielo,» ejecutado por los colegiales y nuestras educandas con acompañamiento del armonio, el R. P. Jansoonne predicó un sermón de los más conmovedores sobre el poder y la gloria de Nuestra Señora de Lourdes.

Terminado el discurso se descubrió la estatua que hasta entonces había estado cubierta con un velo negro, y mientras que se le bendecía, se cantó el cántico: «¡Oh Virgen Inmaculada!...» Este fué un momento solemne y conmovedor á la vez. A la vista de la blanca Virgen se oía por todas partes: «¡Oh! ¡qué bella es! ¡oh! ¡qué deliciosa está!» Nuestras Hermanas estaban llenas de dulce y santa emoción. Nos creímos realmente en Lourdes frente á la Gruta, á los pies de la Virgen de Massabielle.

El R. P. Basté, vicario general, que presidía la ceremonia, leyó en alta voz un acto de consagración á Nuestra Señora de Lourdes, mientras que todo el mundo estaba prosternado en el recogimiento más profundo. Después todos prorrumpieron en este canto de amor y devoción: «Lo he jurado, pertenezco á María.»

Acabado este cántico contemplamos la dulce Imagen sonriendo á nuestras miradas. Algunos cohetes fueron la señal de regocijo y despedida.

Desde este día comenzaron las peregrinaciones; la buena Virgen ve sucederse sus hijos casi sin interrupción ante su gruta bendita. Unos llevan limosnas, otros flores, todos le ofrecen velas que arden todo el día y parte de la noche. Los indígenas traen con preferencia paquetitos de incienso. También aman á la amable Virgen; sin embargo, le encuentran dos defectos.

Primero, está muy alta, no se la puede bajar; segundo, no tiene conchillas en su contorno para embellecerla. Les hemos dicho que en Lourdes no las hay y que nosotros la queríamos como la de Lourdes; todo es inútil. No conciben una gruta sin conchitas. Así, han hecho traer dos grandes cestas para colocarlas á los lados. Ha sido necesario tolerarlo para darles gusto.

Además de estos peregrinos, á toda hora se ve cada sábado en la tarde reunirse frente á la gruta los parroquianos de San John y de San Hill. Hombres y mujeres rezan el Rosario en alta voz. Entre cada diez personas se canta una copla del *Ave, maris Stella* ó el estribillo «Ave María de Lourdes.» Esta piadosa ceremonia se concluye siempre con un cántico á la Santa Virgen.

Y nosotras, mi reverenda Madre, vamos á visitar dos veces al día esta gruta que anhelábamos desde hace tanto tiempo. Oramos allí á la Inmaculada Virgen para que nos llene de bendiciones y con especialidad á nuestra M. Anselma muy venerable, la reverenda Madre general, á la Comunidad entera y á nuestras obras en ambos mundos.

DÁVAO (Filipinas)

Llegada del P. Úrios á la Misión de Davao.—Estado floreciente en que se encuentra la Misión.—Expedición por la costa Sud-Oeste.

El P. Saturnino Úrios, de la Compañía de Jesús, escribe desde Davao al reverendo Padre Superior:

EL 15 de Septiembre llegué á esta mi nueva Misión, para la que fuí nombrado por V. R.

¡Qué viaje tan molesto hemos tenido! Si el mar proceloso de la China no hubiera con altanería zarrandeado tanto nuestro vehículo, hubiese resultado un viaje de recreo. Porque yo, por mi parte, fuí al paso formando grupo de los nuestros, tomando al P. Roselló, de Zamboanga; al H. Luís Ferrerons, de Cottabato; al P. Llopart, de Matti, y al P. Vallés, de Glan, llegando todos con paz, salud y contento á Davao, que parecíamos nuevos conquistadores arribados para tomar por asalto el seno de Davao.

Al llegar á Davao encontramos á los nuestros y á la colonia española complacientes, llenándonos de agasajos.

A los pocos días de estancia en la cabecera de este distrito, claro es que yo debía salir á enterarme de mi Misión de dentro y fuera de la capital. Al efecto, acompañándome el P. Vallés, que lleva ya un año cumplido aquí, tomamos el derrotero Sudoeste, parándonos dos días en cada pueblo que se nos ofrecía al paso. Estuvimos en Matina, Taomo, Bago, Daliau, Tagulaya, Astorga y Santa Cruz, que son fundaciones del P. Gisbert: en ellas los misioneros de Davao han trabajado mucho y bien. La organización de estos pueblos es cristiano-infiel; porque en todo van adelante los viejos cristianos y principales infieles reducidos que han prestado su apoyo al misionero en la erección de dichos pueblecitos, que están junto á las sementeras, haciendas y otras viviendas de los tales.

Todo nos ha gustado; de nada podemos decir cosa menos buena. Albricias á nuestros misioneros por lo hecho, y Dios les remunere sus sudores. Santa Cruz es cosa que da gloria ver; pueblo bagobo, con muchos cristianos viejos, y teniendo á pocas horas á la redonda una sección numerosa de infieles, que yo me llevaba con los ojos, pesaroso que no estuviesen aún en sazón. Es de gran porvenir y esperanzas. Parabienes al Padre Gisbert. Dios se lo pague. En Malalang, que se llama Las Mercedes, nos encontramos con un pueblo que ha estado á pique de ser declarado cabecera del distrito, el que ha tenido algún tiempo un buen destacamento de infantería, y es él un hermoso centro para coger á los tagacaolos, de los que hay ya bautizados más de 300. Un dato, que prestó el gran servicio de entregar para el Estado su ranchería, ostentaba una cruz del mé-

rito civil, que no fué poco lo que tan buena cosa nos alegró.

También aquí ha desarrollado el P. Mateo Gisbert, á quien yo relevo ahora en su doble cargo de misionero y superior de los nuestros un tal celo, que ni la calidad inferior del tagacaolo, ni la mucha distancia de Davao, ni las guerras que allí en los altos se traban, han sido parte para hacer retroceder al Padre en su embestida de discreto celo. El Señor, repito, se lo pague.

Ya en Las Mercedes, quisimos el intrépido P. Vallés y yo irnos á los confines de nuestra Misión, así fuesen más allá de lo imaginable. Así, pues, con recado que tomamos de Santa Cruz y ánimo fuerte, la emprendimos tocando en Lais y trabajando donde quiera que veíamos gente.

No en balde dicen que son tantos miles los infieles de este Seno, incluso el de Sarangani; las playas las veíamos tan transitadas como se ve un camino vecinal de nuestras poblaciones europeas. Parecía, circulando la gente por ella, la vuelta al hogar de los labriegos de nuestros grandes pueblos agrícolas, ó la retirada de un mercado ó feria.

¡Qué impresiones íbamos nosotros sintiendo tan vivas! ¡Qué pensamientos tan levantados! Esto no es fácil lo entienda el que no lo haya pasado. Si se cree en lo extraordinario de la alegría del que socavando un terreno da con un filón de oro; si se entiende el placer recibido al encontrarse descubierta la verdad con ahinco investigada, figúrese V. R. cómo andaríamos nosotros viéndonos un nuevo mundo de almas; que sólo sirven ahora para figurar en el encasillado de infieles, esto es, de los que no han participado el fruto de la redención. Enhorabuena que se sienta lo sensible en punto á cosas temporales de cualquier orden que sean. Pero sentimiento como el que nosotros experimentamos no se explica con palabras. Lo bonito es, que se trata de gente dócil muy convertible, y tanto, que son para el edificio social cristiano, como piedra medio labrada, que sólo falta se la coloque por la mano del artífice formando pared. Esto no obstante, quedan algunas dificultades que vencer por parte del sitio que ocupan, de la ausencia de ejemplos de gente civilizada, por la soledad y aislamiento en que están y por la cruel guerra que entre sí se hacen y reciben del fondo de la selva, por los salvajes, que ocupan el interior de la gruesa cordillera de espesos y contiguos montes que los circuye.

En esto estábamos, henchido el pecho de afectos, y el entendimiento de planes y propósitos, cuando al cuarto día de navegación por aquellas costas, cuando estábamos en Pangolisan, que dista seis millas de Nuin, se nos cambia el tiempo, que de poco no lo contamos. ¡Pobre hombre que á nada se ve en el suelo sus deseos! Yo deseaba ir á Glan. Nuestra arrogancia fué por Dios castigada á la hora que nos pudo costar cara. Deliberamos volvernos, y aquí fué el gran peligro; se nos concluyen los víveres, ibanse acobardando á cada instante los remeros, y yo contrariado tomé tanto pesar, que vuelto mustio y malhumorado ni servía para nada.

Al día siguiente, que emprendimos la vuelta, nos fuimos á tierra encontrándonos con una hermosa ranchería de manobos que valían un primor. Se nos echa-

ban encima dándonos gallinas y lo que tenían. El ingenioso P. Vallés les echaba un poco de bálsamo curativo ó aceite tagulabay sobre algunas heridas ó llagas que nos enseñaban, ellos lo agradecían como si dioses y no personas tuviesen en su presencia. Yo hablaba con ellos, entendiéndonos casi bien, porque los lenguajes del Agusan, ya uno, ya otro, siempre tienen aquí algún semejante.

Ahora á la vuelta nos hemos echado á pensar en aquellas gentes, y claro está que hasta que llegemos definitivamente á Sarangani y Glan nada podemos decir.

Estamos para salir hacia el Nordeste, teniendo la intención de remontar el Tagum, río Salug, y si es posible pasar á la Misión del Agusan. Vendrá también el P. Vallés, que yo deseo tener al lado, ya para bien de la Misión, como para el mío.

vuestra reverencia estaba por aquí, encontrándose en Sigáboy, y que vendría luego con todo nuestro personal. Venga, que bien le espero, como V. R. debe pensar le ha de esperar el que está al dedillo, como se suele decir, de todos los rincones de esta demarcación y de Sigáboy. Todo lo he visto, de todo me enterado, y así dispuesto estoy á contestar á V. R. y aun á proponerle todo lo que sea conducente á que sea provechósima la visita de V. R. á este *pusillus grex*, que cuida de estas dilatadísimas comarcas. ¿Querrá V. R. que le hable de Samal?

En Samal he estado. ¿Deseará V. R. saber de mis juicios sobre las Reducciones del Sudoeste? Paso á paso y mano á mano he estado en todas ellas. ¿Deseará V. R. que le hable de Noin, Balut, Tumanao y Glan? Ya habrá V. R. leído mi última carta. ¿Me preguntará V. R. del Hijo, del Tagum y del Agusan? Pues acabo de lle-



MANDCHURIA.—Aldea de Giullack. Reparación de toneles para salar los salmones. (Pág. 178)

Ida desde Dávao al Agusan, y visita á los PP. Ramo, Ricard y Llobera

De otra carta del mismo Padre extractamos lo siguiente:

A las seis de la mañana del día de hoy he llegado de mi expedición al Agusan, que esta vez ha sido de verdad. A Dios sean dadas infinitas gracias, que me ha deparado el camino, medios y ocasión para ir á cumplir mis deseos. He redondeado mi viaje, entrando en la selva por el río Hijo y saliendo al seno de Dávao por el Tagum. En todas las empresas la tardanza es un peligro, y la poca diligencia é inconstancia un dato de poco ó ningún éxito. Estando persuadido de estas verdades de experiencia, aunque sabía ya que V. R. no me encontraría á su llegada, me he atrevido á salir de Dávao, en la esperanza de coger á V. R. á tiempo de vernos y hablar mucho en bien de esta Misión.

Al llegar á esta casa me ha dicho el P. Roselló que

gar de allá. ¿Querrá V. R. oírme hablar de los guiangas? El mes pasado estuve allá, y de allá me fuí al Agusan. En resolución, que lo he visto todo y de todo me he enterado, y á punto está la hora ya de comenzar, según lo tengo todo preparado, dispuesto y conocido. Desde Sigáboy y Matti y ensenada de Mayo, con toda la costa Norte, que al P. Llopart le toca, le podré hablar.

Me anticipo, aunque nos hemos de ver pronto, á contarle la expedición al Agusan, conseguida y completada á mi sabor y satisfacción, que yo solo sé el contento que yo traigo.

El día 4 del mes pasado emprendí mi marcha, cuyo éxito se debe á este señor Gobernador, que no me ha negado nada de lo que yo le he indicado me hacía al caso.

Para el caso de fracarsarse el paso por una puerta,

me previne yo de medios para que no me fracasase por la otra. Así que si por el Salug, como primero intenté, no salí con la mía por haberse escapado el que debía mostrarnos la entrada del río Banglasan, teniendo que volver atrás; pasamos al Hijo, que tengo bien conocido, y así he ido al Agusan guardando el Salug para volver por él á pesar de todos los pesares. La correría primera del Salug fué provechosisima, y tanto, que al dejarme yo caer en él, procedente del Agusan, que ha sido cosa que á los mandayas les ha parecido mágica ó hecha por vía de encantamiento, me he encontrado que en la conjunción del Salug y Libaganon, formando el Tagum, tenemos principios de pueblo. Dumalon y Bancayaon desean también hacer pueblo, uniéndose los dos; y cerca de los moros que están en el lugar llamado Liangaan, he visto á mi vuelta una hilera de muy buenas casas. Con que, algo vale subir y bajar predicando á la gente. ¿Con qué medios he ido al Agusan? Mire vuestra reverencia, llevándome dos capitanes ó principales de Dávao, Bangoy y Fernández, y los capitanes en actual ejercicio de las dos rancherías moras, llamados Casiaman y Lausan, del Hijo y Tagum respectivamente. La iniciativa, para estas empresas que necesitan auxilios materiales, ha de venir del Gobernador en las cabeceras donde él reside, como es natural, pues es el que dispone de la fuerza.

Haldas en cinta y bordón en mano, sin darnos un arquite el contratiempo de haber tenido que volver atrás, á los cinco días de remontar el Tagum y el Salug, nos fuimos al río Hijo, que subimos en solos dos días y medio, saltando á la selva la madrugada del tercero día, llegando al río Manat grande á las siete de la noche, siendo recibidos por el dato Donato, cuya hermana yo conocía, con grandes muestras de alegría.

¡Qué jornada tan fatigosa para mí! Ocho horas de una marcha por tierra, agua y monte fué cosa para mí asaz pesada, comenzando á padecer ya desde la primera legua de camino un dolor de piernas parecido al reuma. Pero el querer es poder, y el éxito y corona de mi empresa le quita todas las dificultades. La hermana del dato, que he dicho nos dió su casa para nosotros, ofreciéndose en todo y asegurándonos que no tuviéramos cuidado alguno, que todo estaba en paz. Fué esta mujer, esposa de Basicon, mandaya de mucha cuenta; que yo encontré á mi entrada en el Agusan capitán de una ranchería, que vivía dentro del río Batutu, en cuya boca está hoy Compostela. En su casita, sentados sobre el duro suelo, me contó que su marido había sido asesinado al volverme yo río Agusan abajo la primera vez que les visité.

Al día siguiente nos preparamos para continuar la marcha, y la misma mujer hizo que su hermano Donato, lanza al hombro y campilán en la cintura, nos sirviera de guía hasta la ranchería siguiente, que encontramos á medio día.

El agua del Manat grande no es potable, aunque abundante, porque sabe mal al paladar como si fuera agua de mar. La gente de este río bebe agua que destilan durante la noche dos clases de árboles; el llamado basicón, cuya fruta verde tiene la figura de las aceras en España; el otro árbol ni le vi, ni se me acuerda su nombre.

El mismo Donato mandó que dos buenos mozos nos acompañaran hasta la casa de Tinoy, y metiéndonos por tales vericuetos, que yo sé cómo lo pude resistir. La ranchería de estos galanes tiene muchas casas; al llegar nosotros las mujeres se escondieron, pero las llamé para darles agujas de coser, y todas se acercaron. Gente bien parecida, trabajadora y guerrera, hacía tres días que habían vuelto de una investida que dieron á unos infelices que se les acercaban. ¡Qué vega, qué gigantesca vegetación, qué llanuras! ¡Cuánta riqueza perdida! Tan buenas calzadas como se podrían trazar. A la hora de salir del río Hijo, poco más, se encuentra un monte, divisorio de las vertientes que van al Agusan, de las que descargan en el río Hijo. Este monte me costó á mí, sudando el quilo, una hora de subir y otra de bajar; después ya es todo una planicie. A las tres de la tarde llegamos á la ranchería de Tinoy, siendo este día la jornada de siete horas. No pasamos adelante porque íbamos asfixiados de calor, atravesando, pasando casi todo el trecho por sementeras á la hora del calor más sofocante.

Estando yo tendido y casi éxanimo de cansado, llegaron cinco agusanos bautizados por mí, haciéndonos las mayores demostraciones de contento.

Al día siguiente, tercero de mi caminata, salimos de casa Tinoy poniendo nueve horas de marcha hasta llegar á Compostela. ¡Cuánto me cansé yo, cuánto me mojé vadeando ríos, que abundan tanto que su número desde el río Hijo asciende á veinticinco! ¡Qué contento los agusanos! En el convento nos hospedamos, llegando á él sin parar mucha gente. Nos dieron pollos, arroz y un frasco de ginebra para mi gente. Ellos nos prepararon embarcaciones para ir á Játiva el día siguiente, encontrando al P. Ricart, P. Llovera y H. Matamala, que no pensaban en tales caballerías. ¡Qué expansión reinó diciéndoles yo mi travesía y todo lo ocurrido!

En Compostela manifesté yo al capitán que deseaba volver por el Salug á Dávao, y él dispuso que del mismo Salug viniesen por mí, como aconteció que estando yo para volverme, puesto caso que no estuve en Játiva más que un día y dos noches, un bagani y otros escapados de Moncayo me viniesen á buscar, quedando admirados los moros y los dos principales de Dávao, que habían oído decir que los moncayenses remontados querían matarme. Sobre mi estancia en Játiva, donde prediqué en manobo á aquella gente, por ser domingo, el día que allí estuve, ya le habrán escrito á V. R. los Padres de allí.

A mí sólo me resta decir que el P. Ramón Ricart y el P. Llovera me acompañaron los dos hasta el río Manat, y el P. Llovera la primera jornada de monte, volviéndose al día siguiente para su Agusan y yo para Dávao.

¡Qué montes tan altos y qué variado estaba el camino! El fuerte temblor del 21 de Junio, que en Dávao fué tan sensible, que echó al suelo á San Pedro, el del altar mayor de la iglesia, y resintió algunos tabiques de la misma, ha cambiado la selva desmoronando crestas de montes, que yo veía con sus árboles y todo en el fondo de las hondonadas.

A la una de la tarde, por caminos malísimos, llega-

mos á la boca del Banglasan junto al alto río Salug, encontrando allí que me esperaba Gonlás, con camisa encarnada y pañuelo... también de carmesí, hecho un bagani de primer orden. Cuando yo le bauticé era bueno; pero los sucesos con la muerte de su padre le han echado á perder.

Del Banglasan por dentro de la selva llegamos á Cunay, donde los baganis tienen sus casitas; toda la gente vino á vernos dándonos arroz y pollos, y ellos quedaron con que se quedarían allí, no queriendo ya volver al Agusan.

Ellos nos arreglaron las balsas á falta de baroto como lo hicieron el año 82. ¡Cuánto sufrimos los seis días de balsa! A la gente se les amarataron los pies que parecían quemados de tanto ir por el agua que subía á la balsa y nos valía como ir á pie.

Esto no obstante, ¡de cuánto provecho no ha sido mi expedición! En el Hijo están haciendo pueblo desde entonces los mandayas de Manat.

Bajando por el Salug hemos á los dos días encontrado casas de mangulangas, que todos juntos harían un buen pueblo, viniendo Mataas después.

Los mangulangas se han fugado al vernos pasar, creyendo ellos que les íbamos á hacer daño, porque les hemos sorprendido. Mataas nos ha prestado un baroto, y luego más abajo Bancayaoa dos más pequeños, y así ya se nos alivió la pena que nos causaba la balsa.

¡Qué pasos tan malos tiene el bendito Salug! En los doce años que han transcurrido desde nuestro viaje por él, está cambiado! ¡Qué rocas se le han atravesado! Yo no le he conocido. En el trayecto, en todas nuestras conversaciones, les he hecho cantar la palinodia á los dos capitanes moros, confesando ellos que éramos todos súbditos del Rey de España, y que ellos, que ya están reducidos á la vida social, tenían que ayudarme, para que todos los infieles hiciesen pueblo, que no á ellos sino al Padre misionero debían todos respetar, el cual con conocimiento del Gobernador estaba llevando á cabo aquella expedición.

Todas estas cosas son, como se le ha de alcanzar á vuestra reverencia, trabajos preparativos para la toma definitiva de todos estos benditos infieles y sus tierras.

En resolución; cabe decir que el Salug todo él entero toca misionarle por la parte de Dávao, impidiendo al Agusan su acceso á él la alta cordillera que envía sus aguas en su mayor parte al Salug. Que la selva del Hijo, incluso el Manat donde está Donato, corresponde al Agusan viniéndose á dos ó tres horas cerca del Hijo, porque toda la vertiente de dicha selva va á parar al Agusan.

Que como aquí es difícil la conversión y formación de pueblos para el alto Salug y alto Hijo, no es menos difícil allí formarles por dentro de la selva.

Que casi ni unos ni otros nos podemos ayudar sino es empujando á la vez por ambos puntos; por lo demás, media gran distancia y obstáculos casi insuperables. Sin embargo, lo del Hijo es más fácil para nosotros, lo que toca al río Manat hasta donde hemos de llegar nosotros; y difícil para el Agusan. Se debe formar pueblo en Manat al principio en el lugar de Tinoy, otro pueblo en el lugar de Donato, en cuyo caso á medio día

tendríamos nosotros el punto de enlace desde Manat, resultando con esto que la tal comunicación más corresponde al Agusan, siquiera los misioneros de Dávao tengan un grandísimo campo en el Salug y Libaganon.

UNA PASTORAL VISITA AL TUNKIN

POR EL R. P. ROBERT, DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

II

Recepción solemne en Cua-Bang.—Viaje del Padre Robert á la capital de la provincia

EL 18 de Agosto era el día fijado para la recepción del Ilmo. Gendreau en Cua-Bang.

La última visita pastoral en Thanh-Hoa la hizo en 1867 el Ilmo. Theurel, acompañado del R. P. Pugnier, que murió siendo obispo de Mauricastro y vicario apostólico.

Todas las cristiandades de la parroquia, en número de veinte, enviaron delegaciones. Estos representantes llegaron por grupos, trayendo quien un estandarte, quien un tambor, quien un instrumento músico cualquiera ó un *long*, especie de quitasol destinado á proteger contra los rayos solares la cabeza de los mandarines. (*V. el grabado de la pág. 181*).

El *long*, es también una insignia reservada á los grandes personajes. Cuanto más elevada es vuestra dignidad más numerosos son los *longs* que os siguen á todas partes. Igualmente se usan en las ceremonias de las pagodas.

A las dos de la tarde el cuerpo de notables, seguido de la orquesta y de los portaestandartes, formando un total de más de doscientas personas, en barcas de pesca se adelantó siete ú ocho kilómetros para salir al encuentro de la *Gazelle*, y tomar á su paso al Ilmo. Gendreau y los Padres que le acompañan.

Para S. I. prepararon uno de los grandes juncos de mar que hacen el cabotaje á lo largo de las costas de Anam y remontan hasta Hanoi.

Adornaron el junco con algunos bambús y colgaduras, á manera de kiosco cuadrado, que producía buen efecto.

La flotilla, compuesta de veinte embarcaciones, adelantóse en buen orden, y las doscientas banderas dispuestas con arte y agitadas por una ligera brisa, ofrecían un espectáculo pintoresco.

Destacóse un vigía á la cumbre del Nui-Thui (*V. el grabado de la pág. 185*), quien á las cuatro hizo la señal convenida para anunciar que aparecía en el horizonte la flotilla. Esta llegó á las siete, y fué saludada por los gritos de júbilo de los cristianos reunidos en la playa. La animación fué extraordinaria. Agitáronse los estandartes, tocaron los tambores, y la charanga hizo oír un aire nacional.

El día siguiente lo fué de recepciones, que se inauguraron por los cristianos que forman el cuerpo de altos dignatarios de la parroquia.

Cada pueblo cristiano, pequeño ó grande, tiene á su frente un notable con el título de *trum*, quien bajo la vigilancia del párroco administra los bienes de la Igle-

sia; alberga en su casa al misionero si no la hay destinada al efecto, y va á buscar al sacerdote cuando enferma alguno en la cristiandad.

La reunión de los diversos *trums* de la parroquia forma un cuerpo especial, el *hung-phu*, con presidente, vicepresidente y secretario. Este cuerpo representa

parroquia de Cua-Bang, un asunto importante, difícil y perentorio me llama á la capital de la provincia.

Acompañado de un catequista y de dos cristianos monté á caballo y me puse en marcha antes de salir el sol, no sin alguna inquietud, pues tenemos que andar cincuenta kilómetros y pasar dos ríos. Además, Thanh-



MANDCHURIA.—Aldea de Giullack, cerca de Nikolaiefsk. (Pág. 178)

á la parroquia, y ejerce una especie de poder legislativo y aun correccional según los casos. Este poder, que nada tiene de oficial á los ojos de los mandarines, es sin embargo reconocido por la costumbre y aceptado por los cristianos con ejemplar espíritu de obediencia.

El *hung-phu* vino, pues, á ofrecer al Ilmo. Gendreau los respetuosos homenajes de la parroquia.

Un mensaje escrito en una pieza de tela roja con caracteres amarillos y negros, y presentado solemnemente por dos cristianos, expresó todos estos sentimientos.

Uno de los notables, vestido de fiesta, adelantóse, saludó á S. I. con tres postraciones, y pidió permiso para leer el mensaje en nombre de todos.

Luego se presentaron Comisiones de todas las cristiandades.

Acto seguido S. I. distribuyó algunos regalos.

El paso del Obispo en una parroquia es un acontecimiento tan extraordinario, sobre todo en esta provincia de Thanh-Hoa, muy apartada de todo centro, en el extremo Sur de la Misión, que todos quisieron tener un recuerdo. Bajo el techo de paja de nuestros cristianos se hablará muchos años del suceso, y el feliz mortal que habrá recibido un escapulario, un rosario, una cruz ó una medalla, se gloriará de ello con el tiempo ante sus nietos.

Jueves, 20 de Agosto.—Mientras que S. I. y los Padres comienzan la administración espiritual de la

Hoa, patria de muchos jefes superiores, es la provincia por excelencia de los rebeldes.

A las nueve y media llegamos á Hoai-Yen, cristiandad importante, donde me ofrece hospitalidad Lai-Tu, uno de los que acompañaron á los PP. Mathevon y Charbonnier cuando huían de la persecución.

A las cuatro con nuevos portadores para el bagaje, pasamos el río en Do-Ghep. Era algo tarde; pero como nos hallábamos en el día 16 del mes lunar, el astro de la noche lucía en todo su lleno.

A lo menos no tuvimos que andar como por la mañana, en que á causa de lo arenoso del camino el pie retrocedía en vez de adelantar, y en que el polvo de la arena se nos entraba por los ojos y la boca. A las nueve llegamos á la ciudad.

29 Agosto.—Aniversario de la prisión de los Padres Mathevon y Charbonnier, que se habían ocultado en los antros de la montaña Nui-Thui. (*V. el grabado de la pág. 185*). Descubiertos y denunciados por un pastor pagano, tuvieron que permanecer once largos meses en la cárcel del mandarín de Thanh-Hoa, recibir muchos golpes de rotín, y padecer no pocas torturas por la gloria de Dios. La sentencia, que debía ser ratificada en Hué por el rey, iba á ser devuelto á Thanh-Hoa, cuando el tratado de 4 de Junio de 1862, concertado entre Francia y Anam, concedió la libertad religiosa. Los dos Padres fueron entregados á las Autoridades francesas.

Digamos ahora breves palabras acerca el sistema de administración seguido en Tunkin para la visita de las cristiandades.

En toda Misión, el principal ministerio consiste en predicar y en oír confesiones. Es la parte de mayor fatiga, pero también la más consoladora y de más provechosos resultados.

Al levantarse por la mañana, á las cinco, empieza el rezo de las oraciones, durante el cual se celebra una Misa. Sigue el sermón, y luego celebra S. I. A las diez se oyen las confesiones.

En el intervalo S. I. recibe á los cristianos que desean pedirle una bendición especial. Uno refiere la historia de su familia; otro pide una oración para un pariente endurecido, rebelde á la gracia. Con frecuencia la conversación recae sobre los años terribles de 1884 y 1886, que no tienen precedentes en la historia religiosa de las Misiones de Anam.

Raras son las familias que no cuenten entre las víctimas el padre, la madre, hermanos ó un pariente cualquiera.

De las doce á las dos y media descanso general, que cada cual aprovecha para hacer sus devociones, rezar el Rosario ó preparar un sermón.

Nuevamente se oyen las confesiones. Un catequista hace un examen público de conciencia, detallado y explicado. Otros enseñan la doctrina á los niños de la primera Comunión y de la confirmación.

MISIÓN CATÓLICA DE LANDANA (CONGO)

POR EL P. CAMPANA, DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Segunda parte

IV.—ESTADO DE LAS PERSONAS EN LA SOCIEDAD

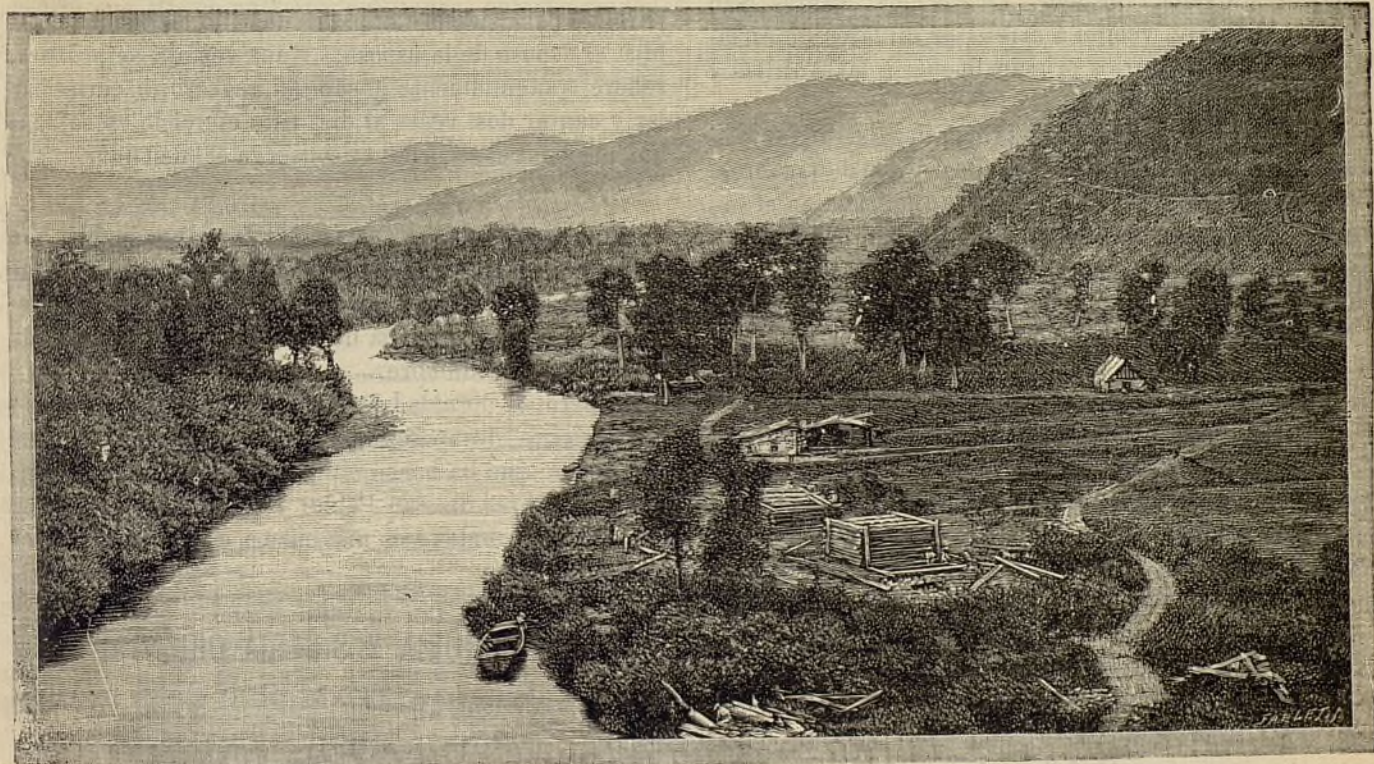
DESDE el punto de vista de la jerarquía social, pueden dividirse los indígenas en tres categorías: los jefes, los hombres libres y los esclavos.

En todos los contratos y lucros, los jefes reclaman una parte: si se da muerte á un tigre, el jefe tiene la piel; si se va á ganar algo entre los blancos, al regreso hay que dar tafia al jefe.

Todos estos presentes, más ó menos voluntarios y excepcionales, representan en estas sociedades groseras las contribuciones obligatorias y universales que en las sociedades civilizadas se denominan impuestos.

Las insignias de los jefes son el gorro y la piel de gato montés. Forman en algún modo la nobleza del país.

Los naturales que tienen casas y tierras, con dos ó tres mujeres, y á veces con uno ó dos esclavos á su servicio, son los hombres libres, llamados también *fumus*. Constituyen la clase media.



MANDCHURIA.—Vista del río Tudongo, afluente del Ussuri. (Pág. 178)

Al anochecer se da un paseo por la playa, en donde se admira la paciencia de S. I. acogiendo con paternal benevolencia á la multitud que le rodea y á los niños que le toman las manos y la cruz pectoral con infantil franqueza.

En el Congo, lo mismo que entre los romanos, se nace esclavo ó se viene á serlo: *servi, aut nascuntur, aut fiunt*.

En el Congo como en Roma, nacen esclavos todos los hijos de una esclava, pues los hijos siguen siempre la condición de su madre.

En el Congo como en Roma, un hombre libre viene á ser esclavo cuando es hecho prisionero de guerra, cuando se le prende en fragante delito de robo, y también cuando no puede pagar sus deudas.

Pero existen además ciertas causas de transición de la libertad ó la servidumbre que eran desconocidas de los romanos; así es que aquel que insulta á un jefe, es adjudicado á éste como esclavo.

En el Bajo Congo, el yugo de la servidumbre es ligero. Ningún signo exterior infamante distingue al esclavo.

Este es tratado con dulzura: su condición se asemeja á la del doméstico de un amo bueno.

Si no tiene mujer, las de su dueño le preparan el cotidiano sustento.

No puede casarse, es cierto, sin permiso de su amo, sobre todo con una mujer libre, porque en tal caso los hijos nacen libres; sólo tiene derecho á una mujer.

El esclavo del Bajo Congo puede ser vendido y cambiado; pero la trata con su cortejo de horrores, á Dios gracias, ha desaparecido completamente de esta región.

No hace un siglo, sin embargo, que estaba aquí en pleno vigor. ¡De cuántas ignominias las naciones civilizadas tienen que avergonzarse, y cuántos crímenes deben expiar todavía!

Loango, Malimbe, Cabinda y Boma eran los cuatro puertos donde cada año buques europeos, y entre ellos, debemos confesarlo confundidos, buques franceses partidos de Marsella, Burdeos, La Rochela, Nantes, San Maló y el Havre, venían á arrebatarse millares de esclavos para transportarlos principalmente á las Antillas y al Brasil.

Malimbe era el puerto que proporcionaba, según parece, la más abundante y más bella especie de hombres.

Allí es donde, después de la caza realizada en el interior, los mercaderes conducían, como un vil rebaño, largas hileras de esclavos, con los brazos fuertemente atados á la espalda, ó el cuello pasado á una larga horquilla de madera cerrada por una clavija de hierro.

Allí se practicaba aquella operación infame que en lenguaje de trata se llamaba *puñada*.

Multitud de hombres libres acostumbraban venir con los mercaderes del interior del país, movidos por la curiosidad. Con un pretexto cualquiera, á menudo para beber aguardiente, los atraían uno tras otro en una factoría de blancos. Allí el mercader se acercaba al capitán negrero, indicándole en voz baja el precio que quería para *puñear* á aquel que había caído en la celada. El capitán debía juzgar al golpe de vista si el hombre le convenía por el valor fijado. Cuando aceptaba, hacía una señal al mercader; los cómplices de este último se acercaban entonces al infeliz, y de improviso se le echaban encima, sujetándole los brazos: por mucha que fuese su fuerza, tenía que sucumbir al número de asaltantes. El fatal collar y la cadena estaban dispuestos, y en un momento aquel infortunado, de libre que era, se veía cautivo y cargado de hierros. En el acto le sometían á la formalidad de la visita, y luego iba á reunirse con los otros esclavos en un especie de calabozo designado con el nombre de *bombe*.

La visita de los esclavos la hacían los cirujanos en

presencia de los capitanes. Nunca un albéitar examinó mejor un caballo: los ojos, los dientes, las manos, las piernas, las articulaciones, etc., nada escapaba á su atención, tanto que algunos fueron llamados por los indígenas al respeto de las leyes del pudor: ¡lección notable dada por aquellos salvajes á gentes que pretendían pasar por civilizadas!

Ordinariamente los cautivos llegaban por la tarde á Malimbe; pasaban la noche en la *bombe*, y no eran transportados á bordo hasta la mañana siguiente.

¡Cuánta piedad no excita el cuadro de los dolores de aquellas víctimas de la codicia humana!

«La noche que precede á su embarque, ha escrito un capitán negrero, es para ellos una noche de lágrimas y desesperación. El aposento de un capitán está siempre encima de la *bombe*: con frecuencia me han despertado sus suspiros. Estos infelices se ven á punto de partir para siempre de su patria; saben que es la última noche que pasarán en su país natal. Un porvenir tan desconocido como el inmenso Océano que han visto á su llegada, les oculta el conocimiento de lo que va á ser de ellos, y muchos se abandonan á terrores muy fundados: algunos me han asegurado después que creían iban á ser muertos y comidos el día siguiente: así sus sollozos y lamentos me turbaban por la noche, y me hacían compadecer sus crueles angustias (1).»

El día siguiente los hacían en el buque que los llevaba lejos de todos los seres que les eran caros, separando para siempre el padre del hijo, la madre de la hija, el esposo de la esposa; «y una vez allí se procura, refiere tranquilamente el capitán negrero, hacerles bailar y cantar dos veces al día: este ejercicio es saludable, previene el escorbuto y conserva el buen humor (2).»

Hoy, gracias á Dios, estas prácticas abominables han caído enteramente en desuso en el Bajo Congo, donde sólo subsiste la esclavitud doméstica, y el que está sometido á ella no se queja de su condición, encontrando natural su servidumbre.

Empero, la dignidad humana exige que estos restos de barbarie desaparezcan, y desaparecerán ante el Evangelio, que ha hecho oír ya á estas tribus las magníficas palabras de San Pablo: «Ya no hay esclavo ni hombre libre: todos sois una misma cosa en Cristo Jesús (3).»

MANDCHURIA Y SIBERIA ORIENTAL

POR EL R. P. ADRIANO LAUNAY, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS

VII

En busca del R. de la Bruniere.—Visita pastoral.—Persecución

AL regresar de Europa el Ilmo. Verrolles pidió noticias del R. de la Bruniere, para quien traía las bulas de Obispo de Tremita; mas ¡ay! nada se sabía de él hacía un año. ¿Qué era de él? ¿dónde esta-

(1) *Voyage à la côte occidentale d'Afrique*, por Degrandpré, t. 2.º, pág. 52 y 53.

(2) *Ibid.* pág. 67.

(3) *Colos.* III, 11.

ba? ¿Podía abrigarse la esperanza de volver á verle? dolorosas preguntas eran éstas á las cuales nadie se atrevía á responder.

El Obispo tomó desde luego la resolución de enviar cristianos en su busca.

Dos de ellos, escogidos entre los más animosos, se prepararon á partir para San-sing, desde donde debían dirigirse al Ussuri, buscar las huellas del R. de la Brunière y averiguar su paradero.

Diéronse órdenes y tomáronse precauciones para asegurar el éxito de esta expedición.

«El Vicario apostólico, escribió el R. Berneux, olvidando las fatigas de un largo y penoso viaje, quiso visitar su Misión. Su solicitud se extendió al colegio fundado en Pa-kia-tze, una de las cristiandades mongolas separadas en 1840 del vicariato de Mongolia, y del que volvieron á formar parte en 1845. A pesar del mal estado de los caminos y de los ardientes calores del mes de Mayo, hicimos en nueve días un trayecto de ciento treinta leguas. Permanecimos allí veinte días, que empleó S. I. en dictar reglamentos para este colegio naciente, porvenir de nuestra Misión; en ordenar construcciones necesarias á la salud de los alumnos, y en recibir diputaciones de las cristiandades vecinas, que se apresuraban á saludar á su Pastor y manifestarle su gozo por formar parte de su rebaño.»

Desde Pa-kia-tze el Obispo bajó á Mukden, donde predicó una Misión entre los cristianos, enfervorizados por el celo del R. Berneux, y luego volvió á su residencia ordinaria de Yang-kuan, para descansar un poco, y continuar luego la pastoral visita.

En todos los países los viajes de los misioneros son penosos, pero particularmente bajo un clima riguroso como el de Mandchuria, sea á caballo ó á pie, en carro ó en trineo: en verano, los caminos son pantanosos, y en invierno el frío hiela á los viajeros.

«Este año, escribía entonces el Ilmo. Verrolles, he pasado el invierno al Sur del Lav-Tong, bajo el 40°. (Es la latitud de Nápoles ó Madrid). Pues bien teníamos 26° centígrados de frío, y la estación, al decir de los habitantes, ha sido más suave que de ordinario. El frío medio es, pues, de 30°, ¡casi la temperatura de Moscou!

«Hacia el Norte ya es otra cosa. Aquí, al Sur, la tierra no se hiela sino á tres pies de profundidad; pero en Ghirin, donde pasé el invierno de 1841, ¡se hiela á siete pies debajo del suelo!... Teníamos entonces un termómetro que no podía descender sino hasta 16° Reaumur: durante muchos meses no marcaba más.

«Explicaros el rigor del clima, es imposible: el aire parece cortar como una navaja; diríase que os pellizcan las mejillas con pinzas... El 21 de Enero último me hallaba de camino con un frío extremo, al Sur de Leao-tong: un viento muy fuerte levantaba torbellinos de nieve tan sutil, que se infiltraba en los vestidos, bajo el sombrero y hasta en los pulmones.

«El comienzo de la primavera es brevísimo; es la peor época del año para los europeos.

«El calentamiento rápido del suelo, el deshielo, los trabajos campestres producen exhalaciones malsanas

que engendran la fiebre tifoidea, mal temible de que son víctimas gran número de apóstoles.»

Entre tanto la situación religiosa en Mandchuria distaba mucho de ofrecer toda la tranquilidad apetecible. A principios de 1849 unos sesenta paganos, al salir de una orgía, atacaron la residencia episcopal: querían apoderarse del Ilmo. Verrolles y entregarlo al mandarín de Kai-tcheu, cual connivencia habían comprado. Felizmente los cristianos de Yang-kuan, advertidos por las voces de los asaltantes del peligro que corría su Prelado, acudieron á defenderle, y después de ruda pelea fueron éstos rechazados. El Ilmo. Verrolles, á instancias de los catequistas, saltó por una tapia del huerto, y montando á caballo, partió al galope en dirección de las montañas.

A la madrugada siguiente seis cristianos y un catecúmeno fueron cargados de cadenas, arrastrados ante el tribunal y sometidos al tormento.

El catecúmeno apostató: un anciano, por sencillez más que por temor, imitó su defección, pero los otros cinco, á pesar de la vara que desgarraba sus carnes, confesaron generosamente la fe.

La consternación fué general en Yang-kuan y estaciones vecinas, y á fin de sustraerse á las persecuciones de los satélites, que cada día hacían nuevas pesquisas, los hombres abandonaron las aldeas, dejando á las mujeres y los niños.

En esto graves cuestiones tocante á los límites de su vicariato reclamaron la presencia en Roma del ilustrísimo Verrolles, quien partió nuevamente para Europa.

Durante su viaje, los correos que envió para inquirir el paradero del R. de la Brunière llegaron hasta el territorio de la tribu de kilimis, llamados también giullacks, donde pudieron cerciorarse de que el venerable misionero había sido ferozmente asesinado por los Pelos largos, y recogieron parte de los objetos de que se habían apoderado al darle muerte.

El 29 de Septiembre de 1850 los RR. Franclét y Negrerie, encargados del distrito de Hei-Suei (Aguas Negras), se encontraron de improviso con la escolta del rey de Paline, que se dirigía á Pekin para asistir á los obsequios del emperador Tao-kuang, muerto hacía seis meses (1).

Este rey de Paline, uno de los más poderosos entre los cuarenta y ocho príncipes que se reparten las estepas de Mongolia, persiguió en otro tiempo con harta violencia á los cristianos de su país. En el acto sujetó á los misioneros á enojoso interrogatorio, y mandó que cargados de hierros siguiesen la escolta.

Los cautivos tuvieron que pasar por dos de sus estaciones cristianas, y al momento les rodearon los neófitos, quienes, á pesar de los golpes, les pidieron con lágrimas su bendición.

Durante seis días siguieron el camino de Olane-pai, donde un mandarín les interrogó nuevamente, y mandó

(1) Sabido es que en China, cuanto más se quiere honrar á un difunto, más se retardan sus funerales.



EL SALVADOR RESUCITADO Y EL APÓSTOL INCRÉDULO. (Pág. 188)

Ayuntamiento de Madrid

fuesen conducidos con buena escolta á la ciudad china Ulane-hata, á donde llegaron el 12 de Octubre.

Allí fueron encarcelados con unos treinta bandidos en una cabaña abierta á todos los vientos. Felizmente los cristianos acudieron en su auxilio. Así permanecieron una semana, sometidos de vez en cuando á los interrogatorios.

Los jueces, no sabiendo lo que debían hacer con los dos, presos que reclamaban el cumplimiento de tratados hechos con el Hijo del Cielo, tomaron el partido de encarcelar á los jefes de la parroquia de las *Aguas Negras*, y expedir un mandato de arresto contra los principales cristianos; empero, la mayor parte de éstos pudieron librarse mediante algunas dádivas á los satélites y aun á los mandarines.

las vocales ni las consonantes. Una vez nos encontramos tres europeos que pronunciábamos una palabra de diferente modo: consultamos á un negro para saber quién había acertado en la verdadera pronunciación; le hicimos repetir diez veces la misma palabra, y al fin nos encontramos tan adelantados como al principio. A un muchacho que pasaba por la calle le dijimos la palabra cada uno á nuestra manera, y no nos entendió.

Durante tres años estudié el fanti, y al cabo de este tiempo no supe tanto de él como de portugués al cabo de un mes y de nago al cabo de seis. Todo lo que he podido hacer es oír las confesiones de niños. Esto no ha sido obstáculo para que con la ayuda de un negrito pudiese traducir en fanti algunos capítulos del Catecismo. Mas nunca he comprendido sino el fanti hablado



TUNKIN.—Gran mandarín en traje de ceremonia. (Pág. 175)

EN LA COSTA DE ORO

(AFRICA OCCIDENTAL)

DIARIO DEL R. P. GALLAUD

II.—En Elmina (continuación)

Estudio del fanti

Por necesario que sea el inglés en la Costa de Oro, dista mucho de ser suficiente. Para entenderse con la masa del pueblo es preciso poseer la lengua indígena, el *fanti*, ó mejor dicho, el *mfantsi*, lo que ciertamente no es asunto de poco más ó menos.

La lengua indígena de Elmina reclama ante todo un oído extremadamente fino. No tiene bien distintas ni

por los europeos, y no he podido darme á entender sino de algunos domésticos.

Lo que aumenta la dificultad ya tan grande que proviene del defecto de sonoridad y limpieza en el fanti, es la falta de libros en dialecto de Elmina.

Puede decirse que en la Costa de Oro, además de las lenguas enteramente diferentes, como el fanti y el ga, hay infinidad de dialectos. El lenguaje de una ciudad con frecuencia no es comprendido á algunos kilómetros de distancia.

No abrigo la pretensión de dar una idea bien clara del fanti. Bastan algunas palabras para conocer que es enteramente diferente del nago, por más que Elmina

no diste tanto de Porto Novo como París de Brest. Véase un ejemplo:

FANTI: *Edja, eba, oni sunsun kronkron ur'edzin.*

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en el nombre.

NAGO: *L'oruko baba, ati omo, ati emi mimo.*

En nombre Padre é Hijo y Espíritu Santo.

Como se ve, las palabras no se parecen poco ni mucho. Además, la construcción de las frases es diferente en ambas lenguas.

Véanse ahora algunos de los nombres más usuales.

	FANTI.	NAGO.
Madre.	<i>ena</i>	<i>iya.</i>
Hermano ó hermana.	<i>onuvia</i>	<i>egbon, aburo.</i>
Vaca.	<i>nantivi</i>	<i>malu.</i>
Carnero.	<i>igivan</i>	<i>agutan.</i>
Cerdo.	<i>prako</i>	<i>elede.</i>
Casa.	<i>odan, eban, ife</i>	<i>ile.</i>
Mar.	<i>epo</i>	<i>okun.</i>
Cielo.	<i>esor</i>	<i>orun.</i>

Paréceme que esto es suficiente para demostrar que no hay relación alguna entre el fanti y el nago.

Continuando la misma comparación, fácilmente se vería la poca relación que existe entre las lenguas que se hablan en la misma Costa de Oro; por ejemplo, entre el fanti de Elmina y el ga de Accra, distantes una de otra poco más de cien kilómetros.

Estas diferentes lenguas tienen sin embargo de común que parecen tan antiguas como el mundo. En unas y otras es fácil remontar hasta la palabra raíz, que es casi siempre un verbo de una sílaba, teniendo comúnmente sólo dos letras y comenzando indefectiblemente en consonante. Entre estos verbos raíces se hallan los que expresan las acciones más universales, como comer, beber, dormir; tomar, dejar, nacer, morir.

No sin cierto asombro he advertido que en fanti la palabra que quiere decir producir, criar (*wo*), pareciese bastante á la que significa morir (*wu*).

He leído que una de las dificultades de la lengua china consiste en que la misma palabra pronunciada algo diferente, tiene diez y aun doce significados diversos. En fanti el caso es más fuerte todavía.

La misma palabra *bo*, pronunciada absolutamente del mismo modo, según se coloca delante de tal ó cual palabra, tiene ciento ocho sentidos, sin dejar de ser verbo. Ciertamente que todos estos significados no son siempre muy diferentes. Así el autor del Diccionario fanti-inglés los ha reducido á trece clases.

Así no es extraño que el fanti sea muy difícil de hablar y de entender.

Nuestro género de vida

Los que se figuran que el misionero es una especie de judío errante, que está siempre de viaje, se habrán ya dicho que las ocupaciones de que he hablado hasta aquí son muy sedentarias.

Durante los tres años que pasé en Elmina todas mis excursiones se reducen á ir una vez á Cape-Coast en hamaca y otra á Axim en buque. Una vida errante pue-

de tener ventajas en otro país ó en otras circunstancias; pero para nosotros hubiera sido por lo menos inútil.

Nos levantábamos á las cinco, una hora antes de salir el sol, y á las siete, después de la Santa Misa y otros ejercicios, nos desayunábamos. Hasta las nueve y media, hora de la clase, estudiábamos el inglés y el fanti. A las once y media se interrumpía la clase para comer. A las tres vuelta con el estudio, y luego paseo hasta la hora de cenar, esto es, á las seis, al ponerse el sol, rezando por el camino parte del Breviario. A las ocho, oración de la noche y Rosario, con asistencia de veinte á treinta niños. Era interesante ver á aquellos negritos, de trajes tan variados, dar vueltas al rededor de la mesa, pasando las cuentas y respondiendo en inglés á las *Ave Marias*.

Tal vez me será permitido decir aquí alguna palabra de nuestro alimento. Quiérase ó no el estómago ha tenido siempre un gran lugar en la vida humana. Reducido es el número de los que como el bienaventurado Nicolás de Flue, pueden vivir veinte años sin comer.

Nada menos variado que nuestros platos. Consistían en arenques, pollo con arroz y frutas al medio día, y arenques, pollo con arroz y frutas á la noche, lo cual se repetía trescientos sesenta y cinco días al año; con la diferencia de que los martes los arenques frescos se reemplazaban con arenques salados, y los viernes y los otros días de abstinencia, estos mismos arenques salados, cocidos en arroz, tenían el lugar de pollo.

Este régimen es muy del gusto de la mayor parte de los recién llegados; pero á la larga se hace intolerable, y hay comida en que apenas se toca nada.

Tocante á las frutas son de primera calidad y muy superiores á las que he comido en otros puntos de la costa africana. En Elmina, ciudad de unas quince mil almas, pueden comprarse excelentes plátanos todos los días del año. Las ananas, las papayas y los mangos son también excelentes. Había pocas naranjas (que se traían de una jornada lejos), pero eran buenas. Creo que la excelencia de las frutas proviene de que allí llueve menos que en la mayor parte de los otros puntos de la costa occidental de Africa. La Costa de Oro es en esto una especie de Provenza.

LOS HIPOGEOS DE LA ISLA DE LOS PINOS

(NUEVA CALEDONIA)

ESTUDIO DE ARQUEOLOGÍA PAGANA

POR EL P. LAMBERT, DE LA SOCIEDAD DE MARÍA

VI

Piedras sagradas (continuación)

7.º La piedra del sol

Las piedras en forma de disco, cortadas y con un agujero, componen lo que los indígenas llaman la piedra del sol, *Vu-ni*, esto es, la piedra para obtener sequía extraordinaria. En su forma podemos comprender sin trabajo su simbolismo. Esta piedra cuando no funciona, y funciona raras veces, tiene su sitio se-

ñalado, de donde ninguna mano profana se atreve á quitarla. Cuando quieren servirse de ella, el evocador llega antes del día, con sus ofrendas de víveres á los antepasados, al lugar donde yace. Su objeto en este caso es excitar el sol. Así acude muy de madrugada, aguardando que se levante el astro. En el momento en que parece surgir de las aguas, el brujo toma la piedra por el lugar opuesto al agujerito, y pasa y repasa por éste un carbón ardiente, formulando su petición con estas palabras: «Alumbro al sol para que coma nuestra tierra y no se encuentren víveres en nuestro país.»

Terminadas las prolongadas ceremonias, vuelve la piedra del sol á su sitio.

8.º Piedra para la lluvia

Cuando la sequía es excesiva, y las plantaciones languidecen en todo el país, el jefe cita al evocador para la lluvia, y le hace ricos presentes: perlas, por ejemplo, y le intima la orden de obrar para obtener el agua apetecida. La ceremonia en este caso es imponente, y en ella toman parte todos los miembros varones de la familia.

Comiézase por adornar el lugar del sacrificio: lo rodean con una empalizada: traen buena provisión de víveres, que deben ser ofrecidos á los progenitores, cuyos cráneos están perfectamente alimentados. Frente de éstos el evocador hace colocar una hilera de vasijas llenas de agua. En seguida manda traer una serie de piedras sagradas, redondeadas ó teniendo la forma de un cráneo. Frótase cada piedra con las hojas de un árbol designado y humedecido con el jugo que se saca de ellas: luego, cada vasija recibe una piedra. A esto sigue una prolongada serie de invocaciones á los antepasados, que pueden resumirse en la siguiente: «Os suplicamos nos ayudéis para que nuestro país se restaure y nuevamente viva.» El evocador, que tiene en la mano una rama, dejándose llevar de la inspiración, sube á un árbol determinado por el ceremonial, y escudriña el horizonte por si descubre una nube por pequeña que sea: si la ve, da grandes voces, y agita en todos sentidos la rama para hacer subir la nube en el espacio: extiende los brazos á derecha é izquierda, con objeto de ensancharla y que oculte el sol. A esto sigue la comida del sacrificio. Si por casualidad llueve, cobra creces la fama del invocador, que podrá recorrer en triunfo todas las aldeas y recibir por todas partes nuevas riquezas.

9.º Piedra para la navegación

Un anciano de la isla de Lifu, llamado Tialla, de la tribu fatedj, dió un día á los *tikugier* una piedrecita que debía serles útil para la navegación. Es una piedra labrada, de la forma de un palo de paragua. El evocador puede servirse de ella para el bien ó para el mal. Cuando quiere procurar una feliz navegación, la coloca frente de los cráneos de los antepasados, con la abertura hacia arriba. Si, por el contrario, quiere que naufrague una piragua enemiga, vuelve la piedra, y pone la abertura hacia el suelo. Hace las invocaciones correspondientes á los antepasados, y les ofrece la parte de los víveres que tiene preparados.

10. Piedra para la guerra

Prolongadas son las prácticas supersticiosas en la tribu de Belep para el momento de la guerra. Un viejo evocador, que tenía esta especialidad, me trajo un día un saquito conteniendo dos piedras y dos paquetitos de ciertas ramas. (*V. el primer grabado de la pág. 188*). Después de las súplicas de costumbre en el cementerio paternal, se llevaba esta composición al campo de batalla, con objeto de preservarse de los tiros del enemigo.

En otra circunstancia el jefe de la isla de los Pinos me entregó un madero hueco, bien trabajado y adornado en su especie. Esta pieza, que tenía la forma de una piragua, servía de estuche á una sarta de perlas. Estas estaban cubiertas con ciertas hierbas y cabellos de antiguos evocadores, todo cuidadosamente envuelto. El objeto de esta composición era obtener pronósticos tocante al éxito de una expedición guerrera. El evocador que quería servirse de ella tenía que depositarla en un cestillo, que suspendía en un rincón de su cabaña. Al prepararse una expedición debía agitar el cesto: si el lazo resistía al impulso de su mano, buena señal; mas si se rompía hubiera sido imprudente aventurarse en la empresa.

11. Piedra para la pesca

Entre nuestros indígenas la pesca es sin duda el medio más importante de proporcionarse víveres. Así son muchísimas las piedras dedicadas á los progenitores para interesarles en todas las empresas de la pesca. Cada especie de pescado tiene su piedra sagrada. Estas piedras se conservan en el cementerio dentro de grandes conchas de marisco. El evocador que quiere servirse de ella la pinta á lo largo con varios colores, y mascando ciertas hojas de árbol, sopla sobre la piedra humedeciéndola con su saliva. Hecho esto, coloca la piedra frente de los cráneos de los antepasados, pronunciando la fórmula ordinaria: «Ayudadnos para que tengamos abundante pesca.»

En las ofrendas del sacrificio pueden usarse bananas, cañas de azúcar y peces, pero nunca toros ni ñames. Después de la pesca y de la comida del sacrificio, vuelven la piedra á su lugar, cubriéndola respetuosamente.

Cuando un hombre quiere comprar el derecho de obrar sobre tal pescado para atraerlo á sus redes, debe hacer la demanda al evocador. Este mastica las hojas de cierto árbol, y sopla escupiendo en la boca del petionario, quien debe tragar lo que recibe. Esta condición es indispensable para tener inspiración en lo que concierne al pescado que apetece.

12. Piedra del taro

Tiene la forma de una moleta, y se emplea para la fructificación de los taros. Su lugar, como las otras, es cerca de los restos mortales. El evocador que quiere usarla se dirige al lugar de los sacrificios y frota, según costumbre, la piedra con ciertas hierbas, haciendo en seguida sus súplicas y ofrendas. Preparado el campo, entierra respetuosamente la piedra en uno de los extremos de la plantación, y no la vuelve al cementerio

hasta terminada la cosecha. El procedimiento es casi idéntico para hacer fructificar una plantación de bananos.

13. Piedra del ñame

Respecto á la plantación del ñame, cosecha muy preciada por los indígenas, hemos hablado de ella lo suficiente, y no es necesario añadir nada más. Pero como hemos hallado un número relativamente considerable de piedras destinadas al ñame, creemos deber observar que muchas familias las honran con el privilegio de hacer germinar el precioso tubérculo. Tal familia opera para tener ñames de gran tamaño; tal otra afirma su poder para el éxito de una clase determinada. Y como hay muchas especies de ñames, hemos hallado gran número de piedras simbólicas que ofrecen las rugosidades ó la superficie lisa de los diversos ñames que representan: sin detenernos en los pormenores del procedimiento, que varían, podemos decir que concuerdan en los puntos principales: la preparación de la piedra, la ofrenda y la fórmula de las súplicas.

La preparación de la piedra consiste en depositarla junto á los cráneos de los antepasados, en rociarla con determinados líquidos, y en enjuagarla con ciertas hojas antes de enterrarla en el campo de ñames. La ofrenda se compone de ñames y de peces preparados en el lugar del sacrificio. El evocador come un poco de todo, y ofrece el resto á los muertos diciendo: *Kotsitere me, ku note*: (He aquí mi ofrenda para que sea buena mi cosecha de ñames).

DE LA SANTA INFANCIA



EN el Congreso Católico de Munich, verificado en 1895, se propuso si no sería oportuno separar del Consejo central el ramo de la Santa Infancia. Siguiendo la proposición del diputado Dr. Lingens, la decisión de esta cuestión se aplazó para el año siguiente, y el 26 de Agosto último quedó definitivamente resuelta por el Congreso Católico de Dorhmund.

Al verificarse la reunión de éste, el Sr. Oster, encargado de los intereses de la Obra en Alemania, había reunido todos los elementos necesarios para que se pudiera emitir un juicio decisivo sobre la cuestión propuesta en el Congreso de Munich.

Desde que el director general de París tuvo conocimiento, el año pasado, de las tentativas de separación que acabamos de exponer, creyó que debía pedir consejo á la Santa Sede. En contestación, S. Ema. el cardenal Vicente Vannutelli, protector de la Obra, le comunicó la respuesta con fecha 14 de Diciembre de 1895.

En esta carta, transmitida al director del Consejo de Administración de Alemania, se dice que la separación está considerada como desastrosa y condenada, y se anuncia la intervención del Santo Padre, si se llevase adelante la tal separación. No cabía duda que esta decisión bastaría para hacer desaparecer la proposición, porque en cierto sentido aquí se podía aplicar el principio católico: «Roma ha hablado, la cuestión está concluida.»

Esto no obstante, el Sr. Oster y otro orador fueron

oídos por un auditorio favorable en el Congreso de Dorhmund, cuando tomaron la palabra para refutar las razones que habían motivado la proposición, y para defender la decisión romana.

El reproche de parcialidad dirigido al Consejo de París por algunos miembros de una Sociedad alemana de misioneros, que le acusaban de haber dado las limosnas de la Obra á Misiones dirigidas en su mayor parte por sacerdotes franceses, mientras que ellos no reciben un céntimo, carece de fundamento; esos señores no habían pedido nunca socorros á la Obra.

Lo mismo se puede decir respecto del reproche que hacían al Consejo Central de no favorecer á los misioneros alemanes; pues hace siete años no había una sola Sociedad alemana dedicada exclusivamente á la conversión de paganos.

Ahora bien; el objeto de la Obra (que es lo que desea esencialmente Roma) es el rescate y educación de niños nacidos de padres paganos en país infiel. Luego la Obra no debe sostener á los misioneros que no están en países paganos, ó que en los países paganos no rescatan ni mantienen á niños paganos.

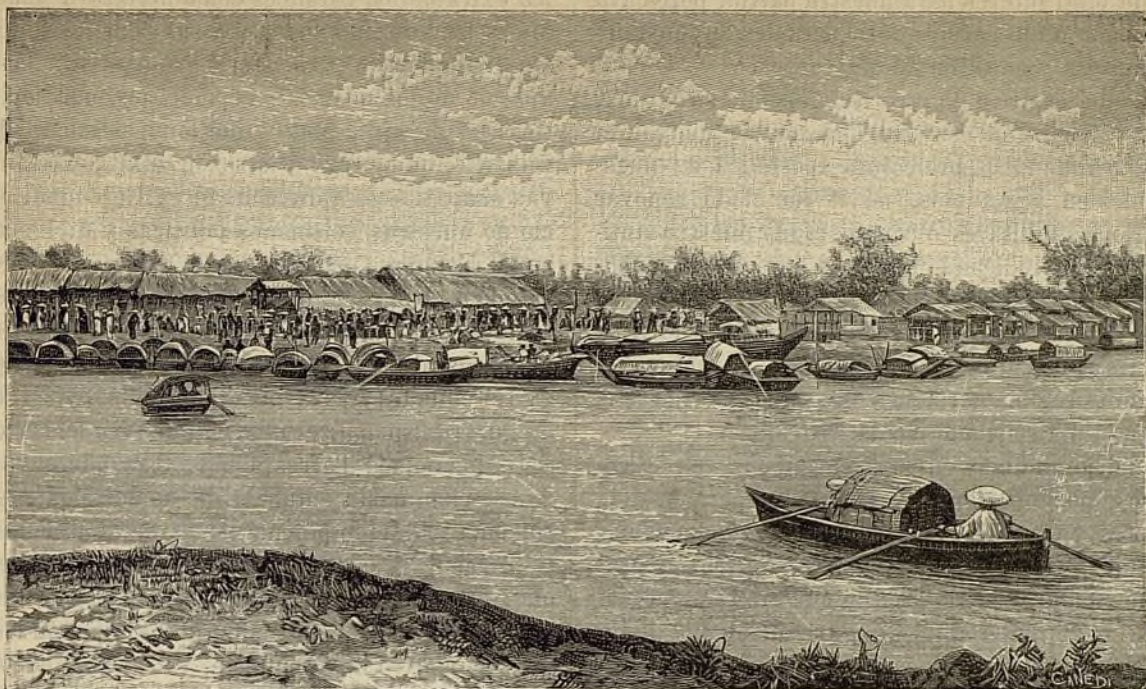
El Sr. Oster establece en seguida una comparación entre los socorros asignados por la Obra á las siete Sociedades alemanas existentes hasta ahora, y los que reciben de la Santa Infancia las otras Congregaciones, y de ella resulta que las más favorecidas son precisamente las Misiones alemanas, porque son mucho más recientes. Y, sin embargo, Francia sostiene por medio de sus limosnas veinticuatro veces más misioneros y Religiosas que Alemania.

Que no se diga que por interés y por asegurar el porvenir de las Misiones alemanas sería preferible separar la rama alemana del centro de la Obra. En esto también la decisión romana está bien fundada.

Alemania tiene la gloria de figurar en primera línea, después de Francia, por sus limosnas á la Santa Infancia (y esto es cierto desde la anexión de Alsacia-Lorena, que ha contribuido el año pasado con 134,289 francos). Francia dió en 1895, 1.087,000 francos; Alemania 1.066,000 francos: el total general fué de 3.444,000 francos.

Por donde se ve que Alemania da un tercio, poco más ó menos, de la suma total; que se suprima ese tercio, y la cuarta parte de las Misiones actuales caerán, ó si se sostienen, no harán más que vegetar. Roma tiene, pues, razón. Además su decisión está inspirada por el pensamiento católico de la universalidad de la propagación de la fe; por el pensamiento que abarca el todo sin descuidar las partes; por el pensamiento cuya realización es un deber de la misión impuesta por Jesucristo á la Iglesia, de hacer de su santa Religión la Religión del mundo entero.

No desnaturalicemos por nuestro particularismo este hermoso pensamiento del Catolicismo. La idea de una Iglesia nacional, bajo cualquier forma que se presente, no tiene la inspiración de Dios. Se comprenderá desde luego por qué la Santa Sede, como se ve fácilmente en la carta de S. Ema. el cardenal Vannutelli, no tiene intención de conservar á una rama alemana separada de los privilegios é indulgencias actuales. Mas si este mal ataca á la rama alemana, será semejante á un sarmiento



TUNKIN.—Una aldea anamita en día de mercado. (Pág. 175)

arrancado, perecerá; sin la bendición de Dios y de su Santa Iglesia nada prospera.

Como consecuencia de esta demostración perentoria y después de madura deliberación, el Congreso adoptó, entre otras resoluciones, la siguiente muy importante:

«La Asamblea no puede menos de reconocer las buenas disposiciones del Consejo Central de la Santa Infancia respecto de las Misiones alemanas, y declara que la continuación de la unión entre la dirección de la Obra

EL R. P. FR. JOSÉ LERCHUNDI

EL día 8 de Marzo de 1897 hizo un año que pasó á mejor vida un fraile ilustre, que dió mucha honra á la Religión de San Francisco que profesó, al noble país vascongado en que nació, y á la nación española, cuyos intereses africanos fomentó tan meritoriamente: el M. R. P. Fr. José Lerchundi.



TUNKIN.—Cruz en la playa de Cua-Bang y monte donde fueron presos los PP. Mathevon y Charbonnier. (Pág. 176)

en Alemania y el Centro de la Santa Infancia en París, está conforme no sólo con los deseos formales de la Santa Sede, sino también lo reclama así el interés mismo de las Misiones católicas.

Aunque de complexión delicada, que no le permitió madurar su vida, su amor á Dios y al prójimo le dieron fuerza y valor para llevar á cabo grandes y memorables hechos, especialmente en lo tocante á una empresa y

cuestión de vital interés para nuestra patria, pero cuya feliz resolución no le permiten sus actuales circunstancias: la empresa y cuestión de Marruecos.

Animado del espíritu de otro Religioso de su Orden, el ínclito cardenal Jimenez de Cisneros, al ejercer el reverendo Lerchundi la prefectura apostólica de nuestras Misiones en aquel país, no le fué dado renovar nuestras glorias militares reconquistando nuestro antiguo señorío y reivindicando nuestros derechos inmemoriales; pero al menos logró no pocos triunfos sobre la barbarie y fanatismo de la morisma, dar prestigio á la Religión cristiana y á la nación española, y sembrar en aquella inculta región gérmenes de salud y vida que brotarán en el día señalado por la Providencia.

Por lo mucho que hizo en su vasta Misión con escasos recursos, puede calcularse cuánto hubiera podido hacer en otra época de más patriotismo y de menos apatía religiosa y política, contando con un apoyo y protección que siempre le escatimaron nuestros Gobiernos, extraños á los verdaderos intereses nacionales é indiferentes á los grandes destinos vinculados en la cuestión africana. No obstante, á impulsos de su celo apostólico y confiando en el auxilio de la divina Providencia como buen hijo de San Francisco de Asís, si bien á costa de muchas repulsas y desengaños, emprendió y llevó á cabo numerosas obras que inmortalizarán su nombre en la historia de aquella Misión. En Tánger, capital de su prefectura, reedificó la iglesia y convento de su Orden, edificó la capilla de San Juan del Monte, fundó dos colegios, dirigidos el uno por Religiosos franciscanos y el otro por Hermanos Terciarios, construyó un espacioso hospital, asistido por Hermanas de la Caridad, y una barriada de casas para alojamiento de familias pobres; estableció nuevas casas de Misión en Larache, Rabat y Safi; contribuyó eficazmente con su iniciativa é incansable perseverancia á la fundación del gran Colegio de Misioneros para Tierra Santa y Marruecos, erigido junto al famoso santuario de Nuestra Señora de Regla, en la provincia de Cádiz, y á la fundación de un sanatorio para niños raquíuticos y escrofulosos en las vecinas playas de Chipiona.

Comprendiendo la importancia de los estudios arábigos para facilitar la influencia española en Africa, los cultivó con gran empeño, componiendo sus excelentes *Rudimentos del árabe vulgar que se habla en el imperio de Marruecos*, y el no menos excelente *Vocabulario Árabe-Español* del mismo idioma, obra única hasta ahora en su clase, y recibida con sumo aplauso por los orientalistas europeos. En el convento de Tánger estableció una tipografía arábigo-española, en que imprimió el susodicho *Vocabulario*, hizo una segunda edición en sus *Rudimentos* y empezó á imprimir una *Gramática del Árabe literal*, apenas terminada. Tampoco debemos omitir que cooperó eficazmente con el que esto escribe á la composición de una *Crestomatía Arábigo-Española* y del extenso *Vocabulario* adjunto, impresos y publicados en Granada de 1881 á 1883.

Ni contribuyó menos el R. P. Lerchundi al acrecentamiento y crédito de aquella Misión con sus virtudes altamente franciscanas y con sus bellas prendas de carácter, que le granjearon la estimación y el afecto de cuantos allí le trataron ó conocieron, así españoles co-

mo extranjeros, católicos como herejes y musulmanes. Merced á sus cualidades y á sus beneficios, prodigados sin distinción de personas, logró cautivar la afición y aprecio de los mismos mahometanos, con ser tan fanáticos los de aquel país, y fué muy estimado del Sultán reinante, que lo era á la sazón Muley-Hasan: de cuyas simpatías se aprovechó el P. Lerchundi en beneficio de nuestras relaciones políticas y diplomáticas con aquel Estado, y para medro y gloria de los intereses católicos. Dígalos la lucida embajada que en 1887 envió Muley-Hasan al Papa León XIII con motivo de su Jubileo sacerdotal, yendo de embajador en compañía del P. Lerchundi (y para más honra nuestra en un buque de guerra español) el ministro de Negocios extranjeros Sidi Mohammed Torres, dando al mundo el espectáculo nunca visto hasta entonces de un homenaje público y solemne tributado por un xerife de Marruecos al Jefe Supremo de la cristiandad. Finalmente, de las simpatías que el P. Lerchundi gozó entre los moros dan fe las demostraciones de sentimiento que hicieron los de Tánger con motivo de su muerte, y acompañando en el sentimiento y duelo á toda la colonia europea.

Los periódicos católicos y la mayor parte de los liberales lamentaron de consumo la muerte prematura del R. P. Fr. José Lerchundi, considerándola como una gran pérdida para la política y preponderancia española en el imperio de Marruecos. De donde se colige cuán neciamente discurren los que censuran la influencia clerical y monacal en el orden político y diplomático de la nación. Sin el eficaz auxilio de los frailes, ya mártires, ya misioneros y ya adalides mentores de las nuevas cristiandades, no se hubieran ganado y conservado largo tiempo para España y para la civilización las inmensas regiones del Nuevo Mundo y las islas Filipinas, hoy subvertidas por la Masonería. De los hijos de San Francisco hay que esperar mucho para la difícil empresa de Marruecos, de ese vasto país cuya evangelización les confió el mismo Serafin de Asís y en donde el apostolado seráfico ha obrado tantas maravillas (1).

MOROS MINDANAOS

Ideas generales sobre este grupo

I

SUPÓNESE fundadamente que los *malayo-mahometanos*, rebosando de la India y Borneo, efecto de sus piráticas aficiones, llegaron á Mindanao á caza de esclavos, y encontrando facilidad para instalarse en la isla, grandes medios de comunicarse con su país, y monteses abundantes para sus cacerías de hombres, fueron ocupando al par que las extensas costas, las pequeñas islas, y de ahí á poco internáronse por los caudalosos ríos que á sus *pancos* se brindaban; empujaron hacia el interior á los indígenas, que les cedieron las playas primero, las vegas después, y por la fuerza de las armas adquirieron terrenos que, ensanchados luego, formaron gobiernos y sultanías dependientes de la de

(1) Véase el interesante libro titulado *Apostolado Seráfico en Marruecos ó Historia de las Misiones franciscanas...* por fray Manuel P. Castellanos. Madrid, 1896.

Borneo, de donde la mayoría eran oriundos. En los *monteses* (indudablemente mucho menos civilizados que ellos) hallaban abundantes esclavos en los que cifraban, su principal riqueza; en los navegables ríos de Mindanao, buenos, seguros y abrigados puertos para sus naves; en sus fértiles orillas, lugar sobrado para plantar los escasos víveres que á su sustento satisfacen, y así, satisfechos de sus nuevos dominios, no tardaron en hacerlos centro de sus audaces rapiñas, cuartel general donde se organizaban las escuadrillas piratas, y á donde iban á parar los sangrientos frutos de sus correrías, que pronto llenaron de terror á las Bisayas, y aun á la isla de Luzón, obligadas á sufrir los horrores hijos de tan peligrosa y temible vecindad. Miles de víctimas llenaban anualmente de duelo á los filipinos, que veían llevarse como esclavos á sus más robustos *baguntaos*(1), aptos para el remo ó la labranza; sus mejores *dalagas* (2) servir de pasto á la brutal lujuria de aquellos salvajes; sus riquezas, ya agrícolas, ya metálicas, laststrar los temidos y ligeros *salisipanes*; los viejos ó inútiles para el trabajo (*matandás*) miraban amarrados á los harigues de las casas cual se acercaba el fuego que había de terminar su existencia entre horribles dolores, al abrasar el pueblo incendiado, según costumbre, después de saquearlo, y al lúgubre resplandor de las llamas divisaban á los míseros prisioneros, que agobiados bajo el peso de los robados fardos, conducían con dolientes quejidos y lastimeros sollozos las riquezas que antes fueron suyas, y ahora á golpes de látigo embarcaban en los buques de los que hasta la libertad les robaban. Seguros los moros de no dejar tras sí más que miseria, ruínas, devastación y muerte, se hacían á la mar, y el duro trabajo del remo era el único consuelo de los infelices presos, que, amarrados á las bancadas, mal de su grado habían de conducir á sus señores á otro punto donde se repitiese la sangrienta escena de horror y salvajismo ligeramente apuntada. Los carbonizados restos de seres humanos, viviendas y objetos de difícil transporte, eran las huellas del paso de los *malayo-moros*, y los indígenas, al divisar sus aborrecidos buques, se daban por contentos si conseguían, refugiándose en los bosques más espesos ó en los montes más elevados, salvar los ancianos su vida, las mujeres su honra, su libertad los jóvenes, abandonando cuanto poseían para cebar á los piratas, y no ser perseguidos y acuchillados.

Interín los buques de vapor no han substituído á nuestras pesadas falúas; mientras los archipiélagos de Joló y Mindanao no han tenido tropas y marinas capaces de contener á los moros y encerrarlos en sus madrigueras; durante el largo período de nuestro dominio en que, atentos á la conservación bien disputada, del Archipiélago filipino, hemos descuidado nuestras posesiones del Sur, la vida de las poblaciones playeras era imposible. Ni los cuadrilleros reclutados en los pueblos, ni las torreillas construídas en las playas, ni los incesantes cruceros de las falúas de guerra, ni los heroicos rasgos de valor y temeridad de los comandantes de nuestros barcos, bastaban á impedir las audaces expediciones de los *moros*, á los que anualmente pagábamos crecido

tributo de sangre y dinero recaudado en sus piráticas empresas por todo Filipinas, sin respetar ni la capital, en cuyas calles, intramuros, en medio del paseo, llegaron á coger cautivos.

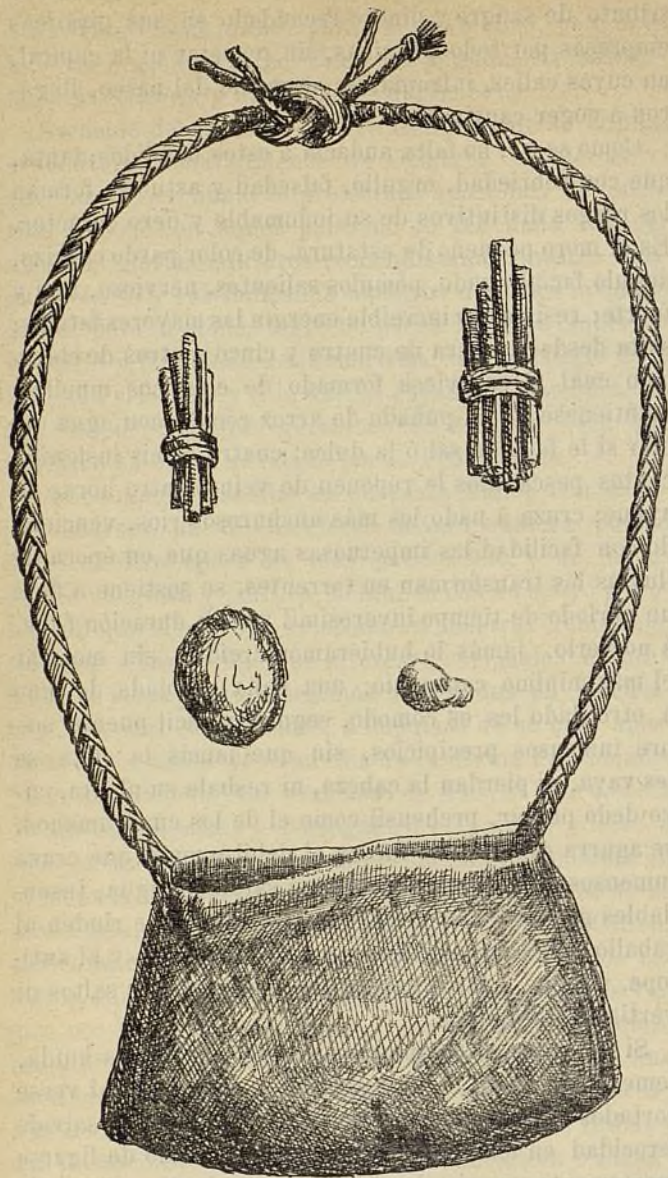
Como se ve, no falta audacia á estos bandidos; tanta, que con sobriedad, orgullo, falsedad y astucia, forman los rasgos distintivos de su indomable y fiero carácter. Es el moro pequeño de estatura, de color pardo cobrizo, ángulo facial agudo, pómulos salientes, nervioso, ágil y fuerte; resiste con increíble energía las mayores fatigas; salta desde la altura de cuatro y cinco metros de elevación cual si estuviese formado de elásticos muelles; mantiénese de un puñado de arroz cocido con agua del mar si le falta la sal ó la dulce; cuatro ó seis insignificantes pescadillos le reponen de veinticuatro horas de ayuno; cruza á nado los más anchurosos ríos, venciendo con facilidad las impetuosas aguas que en época de lluvias los transforman en torrentes; se sostiene á flote un período de tiempo inverosímil por su duración (que, á no verlo, jamás lo hubiéramos creído), sin mostrar el más mínimo cansancio; una caña arrojada de uno á otro lado les es cómodo, seguro y fácil puente sobre inmensos precipicios, sin que jamás la vista se les vaya; ni pierdan la cabeza, ni resbale su planta, cuyo dedo pulgar, prehensil como el de los cuadrumanos, se agarra con notable fuerza al débil puente que cruza inmensos barrancos, imponentes saltos de agua, insondables grietas. Tan veloces en la carrera que rinden al caballo, alcanzan al jabalí y sujetan al ciervo y al antílope, sin que á éstos valgan sus descomunales saltos ni vertiginosa rapidez.

Si cobardes en campo raso, donde ven fácil la huída, temerarios hasta la exageración se muestran al verse cortados ó poco segura la retirada, llevando su salvaje ferocidad en los combates hasta el extremo de ligarse fuertemente un miembro para que excitados, ciegos de dolor, les dé el sufrimiento bríos para acometer empresas tan sólo concebibles en las más salvajes fieras. Altivos y soberbios, desdeñan, no sólo á sus esclavos, sino á sus vecinos los *monteses* y aun á los mismos españoles, á quienes consideran afeminados y de raza inferior á la suya; y si prisioneros en la lucha se ven escarnecidos, sufren con heroica dignidad toda clase de castigos, vejaciones é injurias que se les hagan, sin que ni una queja brote de sus labios, ni con un gesto pidan misericordia, ni se altere en lo más mínimo el sello de altivez y despreciativo orgullo que imprimen á sus facciones. Su falsedad supera á su orgullo, y así en sus mercados ponen doble valla entre ellos mismos para separar al comerciante del comprador, y ni aun de este modo se consideran seguros, éste de perder su dinero y no llevar la mercancía, aquél de quedarse sin la una y sin el otro. Hábiles y prácticos marinos, con sus naves burlan las tempestades y los escollos, siendo proverbial, tanto ó más que su pericia, su sorprendente destreza cuando las irritadas olas les ven serenos y animosos dominarlas, sorteando sus furiosos combates con admirable acierto y sangre fría.

Su traje en nada embaraza sus movimientos. El ancho pantalón, que apenas cubre medio muslo, y la corta chaquetilla, ya blanca, ya de vivos colores, forman todo su vestido. El *cambut*, ancha faja que les ciñe los

(1) Jóvenes solteros de veinte á treinta y cinco años.

(2) Mozas solteras, jóvenes.



ISLA DE LOS PINOS.—Sortilegios para la guerra.—Saquito, paquete de palillos y piedras. (Pág. 183)

riñones y cintura, es más de defensa que de adorno, y en él asoman los mangos de los cuchillos en todos, las culatas de antiquísimas pistolas de chispa ó pistón, en los ricos que pueden permitirse este lujo.

Cubre su cabeza un pañuelo anudado á un lado en vez de turbante, y los jefes principales conócense tan sólo en la mejor calidad de las telas de sus trajes (en general de seda, bordados de oro y plata), y en que llevan babuchas; algunos gastan zapatos de charol sin lazos ni cintas, regalo de algún comandante de fuerte ó cañonero, que al desecharlos por viejos hizo tal obsequio al *dato*, bien á cambio de un arma ú objeto curioso, ya como regalo. También las armas de los jefes son distintas, pues algunas lucen verdaderos primores en incrustaciones de oro y plata.

Visten las mujeres igual que los hombres, diferenciándose tan sólo en el *jábol*, ancho manto que, rodeándolas por completo cuerpo y piernas, sujetan por debajo de los brazos, dejándolo caer hasta el suelo formando numerosos pliegues. Unos y otros se recortan flequillo sobre la frente, y se liman la dentadura, tiéndola para conservarla, después de limada, con una laca negra y brillante, símbolo en ellos de belleza, pero para nuestros gustos de asqueroso aspecto.

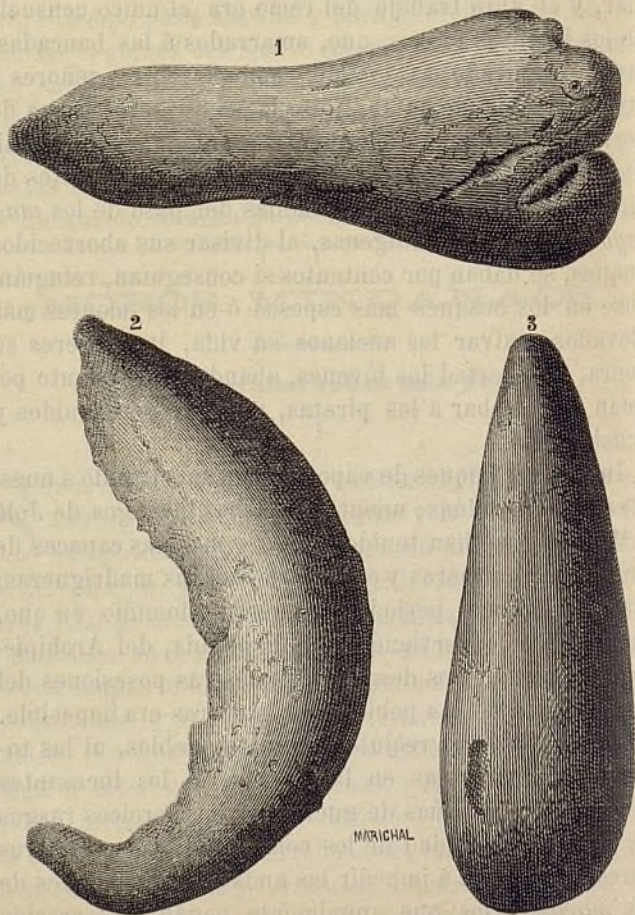
Siendo su principal ocupación la piratería, fabrican sus poblados en puntos próximos á las playas ó en las orillas de los ríos caudalosos. Sus caseríos son pequeños, á pesar de que algunos autores afirman los hay hasta de 1,500 y 2,000 chozas. Podrá ser así pero lo dudamos mucho; pues el número de habitantes que éstas representan sólo suele reunirse en las *cotas* ó castillos, y para eso en determinadas circunstancias, como la de ver invadidos sus terrenos por el enemigo ó algún otro caso análogo. Lo más común es que sus rancherías no pasen de 200 á 300 casas; diseminadas en gran extensión de terreno; poblados muy parecidos en su modo de ser á los de nuestros gallegos ó vascongados, cuyos aislados caseríos forman pueblos á veces de 50 vecinos en una extensión grande de campo ó monte. De los moros no sabemos de ningún pueblo que pase de 600 casas, incluso el de Joló, que era la *ciudad santa*, la *Meca de Oriente*, como algunos la llaman.

Para terminar esta ligerísima noticia de los caracteres generales del grupo que estudiamos, haremos constar que los rasgos principales son análogos en todas las ramificaciones de moros que en el Archipiélago se hallan, pero en particular de los *illanos*.

EL APÓSTOL INCRÉDULO

Uno de los episodios más tiernos de la historia del Señor resucitado es su aparición al apóstol Santo Tomás.

No se hallaba éste con sus compañeros en las primeras apariciones del Salvador, y rehusaba dar crédito á



ISLA DE LOS PINOS.—Piedras diversas para las evocaciones (Pág. 183)

lo que se le contaba sobre su gloriosa Resurrección. Llegó hasta á decir que no la creería si no viese y tocáse las llagas de sus manos y pies, y si no pudiese meter su mano en la abertura de su costado. El amoroso Jesús quiso dar todas estas satisfacciones á la excesiva desconfianza de su buen discípulo, y apareciendo al Apostolado un día en que Tomás se hallaba en medio de él, invitóle á tocar sus gloriosas cicatrices y á poner su dedo en la herida de la lanza. Confundido Tomás, exclamó: «¡Oh mi Señor y Dios mío!» Y le respondió Este con alguna severidad: «Porque me has visto, oh Tomás, has creído. ¡Felices los que sin ver creyeron!»

Lección muy profunda, dada, más bien que al Apóstol incrédulo, á la incredulidad de nuestros días. No necesitamos ver y tocar lo que nos enseña la fe: harto elocuentes pruebas ha dado ésta de su credibilidad y certeza, para satisfacer á la razón más quisquillosa. No vanas curiosidades ha de apetecer el buen creyente.

Esto nos refiere el Evangelio de la dominica siguiente á la Pascua de Resurrección, y tal es el asunto del grabado de la pág. 180.

CRÓNICA

España.—El R. P. Federico Faura y Prat, de cual fallecimiento ya dimos noticia, y cuyo retrato va en la primera página de este número, nació en Artés, cerca de Manresa, el 30 de Diciembre de 1840; estudió humanidades y retórica en el Seminario de Vich, y su deseo de trabajar por la salvación de las almas le indujo á entrar en la Compañía de Jesús, lo que efectuó en el noviciado de Loyola el 16 de Octubre de 1859.

Después de estudiar filosofía en Balaguer, embarcó para Filipinas en Marsella el 19 de Abril de 1866, dirigiéndose por la vía del istmo de Suez á Hong-Kong, desde donde en un vapor se trasladó á Manila, en cuya ciudad desembarcó el 20 de Junio, después de una travesía penosa, especialmente en el mar de la China. Una vez en Manila le dió un fuerte resfriado que degeneró en asma, cuya enfermedad, hecha crónica, le tuvo al borde del sepulcro varias veces durante su vida. En el Ateneo Municipal de Manila fué profesor de humanidades tres años, otros tres de matemáticas y tres de física.

En 1871 embarcó para Europa con el fin de continuar sus estudios eclesiásticos desembarcando en Francia y retirándose á la Casa de Saint-Cassien, ya que la Revolución le cerró las puertas de la patria. En 1874 fué ordenado de sacerdote en Tolosa, y poco tiempo después pasó á Roma y Stonikurst (Inglaterra) para visitar y ampliar sus conocimientos astronómicos al lado de los célebres PP. Sechi y Perry. Completada ya su educación científica embarcó otra vez con rumbo á Filipinas el 30 de Agosto de 1878. Instalado en Manila dedicó todos sus afanes á mejorar el Observatorio Meteorológico, de los Padres de la Compañía, ya dotándole de nuevos é importantes aparatos, ya estudiando por medio de repetidas observaciones los fenómenos atmosféricos, con lo que prestó grandes servicios.

Las vidas que salvó y los intereses cuya ruína impidió son incalculables. Por esto se explica, que en todo el Extremo Oriente los navegantes mirasen al P. Faura como á su providencia. Por esto el Gobernador de la colonia inglesa de Hong-Kong y el Gobierno del Japón, pidieron oficialmente la publicación, en sus respectivos territorios, de las observaciones de P. Faura. Por esto todos los Gobiernos asiáticos y todas las naciones europeas que tenían colonias en Asia y Oceanía, rindiendo homenaje á la ciencia del sabio catalán, pusieron gratuitamente á su disposición el cable telegráfico, para la pronta transmisión de los partes meteorológicos que debían ser y eran la salvación de los navegantes.

En 1886 regresó el P. Faura á la Península á fin de atender á su quebrantada salud. Vuelto á Manila, dió relevantes pruebas de su virtud y ciencia, demostrando, cuando su delicada salud le obligaba á descansar de sus tareas científicas, ser muy apto para el púlpito y el confesonario, excelente obrero de la viña del Señor. Lleno de méritos y bendecido por toda clase de gentes, pasó á mejor vida en dicha ciudad el 23 de Enero último.

Congo belga.—La Misión de los Padres Jesuitas, inaugurada en Junio de 1893, está haciendo, gracias á Dios, notables progresos. En Kimuenza, Kisantu y N'Dembo se han instalado residencias, que cuentan en junto unos veinte Religiosos, doce Hermanas y más de quinientos muchachos y niñas que reciben cristiana educación. Su número aumenta todos los días. Algunos adultos han abrazado nuestra santa Religión, y entre ellos el anciano jefe de N'Dembo recibió el bautismo poco antes de morir. Las poblaciones de negros de los alrededores están muy bien dispuestas en favor de los misioneros, y merced á estos buenos sentimientos y á las medidas tomadas por el R. P. Van Henxthoven, superior de la Misión, en más de treinta aldeas se predica el Cristianismo y se da sólida instrucción religiosa.

Parece que el Señor bendice hoy de una manera especial la obra de la civilización africana. A la vez que el Evangelio hace todos los días nuevos adelantos, la situación material y las condiciones higiénicas, en otro tiempo tan desfavorables, mejoran con la experiencia adquirida. Las últimas cartas de los misioneros y las Hermanas nos dan excelentes noticias sobre la salud de los abnegados apóstoles del Congo: todo prueba que el Africa Central será perfectamente habitable para los europeos, y que los misioneros podrán fundar en ella florecientes cristiandades.

Méjico.—De una carta del Ilmo. Sr. vicario apostólico de Brownsville D. Pedro Verdaguer, tomamos lo siguiente:

«Acabo de llegar del viaje que hice á Méjico. Méjico es en verdad una nación católica, y sus Prelados y sus sacerdotes merecen grandes elogios por su celo y por los grandes bienes espirituales que practican á pesar de los tropiezos de sus enemigos y de otras varias dificultades. Los días de labor lo mismo que los días feriados centenares de fieles asisten al santo sacrificio de la Misa. Los domingos, en toda estación del año, los templos se encuentran llenos, y multitud de sacerdotes están ocupados en los confesonarios.

«En las más grandes ciudades se practica varias veces al año la devoción llamada Retiro, tanto por hombres como por señoras. Visité un lugar llamado el Santuario de Atotonilco, en el cual los sacerdotes que lo tienen á su cargo organizan un retiro cada mes para los indios. Durante ese mes predicán sermones para los hombres y el mes siguiente para las mujeres.

«Los concurrentes van allí á veces desde lugares que se encuentran á distancias de cincuenta, cien y ciento cincuenta millas. Hay también tandas de ejercicios que duran ocho días. Cuando visité el Santuario, vi cerca de trescientos indios de ambos sexos, y por supuesto en locales separados se practicaban los Ejercicios. Rara vez he visto como allí tanto orden y devoción. Algunas veces el número de los ejercitantes llega á quinientos.

«Otra de las cosas que descubrí en Méjico fué que más que en otras partes es conocido el Catolicismo. Examiné á varios individuos tanto jóvenes como ancianos en diferentes lugares, todos respondieron satisfactoriamente.

«En un pueblo de indios que visité, fué compuesto el camino por más de dos millas de extensión; se habían erigido arcos rústicos con profusión de flores. Los indios me suplicaron que los dejara tirar de mi carruaje, y tuve que consentir á pesar mío.

«En todos los pueblos y ciudades se me pedía continuamente la bendición que hincados recibían los presentes; y esto no sólo los indios, sino también los que no lo eran, y no sólo los pobres, sino también las gentes acomodadas.

«De todo esto y otros muchos hechos que presencié y no tengo tiempo de relatar, he adquirido la profunda convicción de que Méjico, con contadísimas excepciones, es un país profundamente católico. ¡Honra, pues, sea dada á sus Prelados y sus sacerdotes así como á su pueblo!

«Jamás olvidaré mi viaje á Méjico y mucho menos la dulce afección de sus Obispos, de sus sacerdotes y de sus habitantes.»

Tagdanao (Filipinas). — El R. P. Juan Bautista Llopert, S. J., escribe al reverendo Padre Superior de la Misión:

«En 28 de Noviembre último llegaron á Sigáboy, cabecera de mi pobre Misión, los PP. Úrios y Roselló, éste para quedarse en mi lugar, y aquél para visitar conmigo las costas, pueblos y Reducciones de esta muy dilatada Misión.

«Estábamos ya casi en vísperas de la fiesta del apóstol de las Indias San Francisco Javier, patrón de Sigáboy, por cuyo motivo no pudimos ir á visitar, antes de celebrarla, los pueblos de la parte de la punta de San Agustín, por ser demasiado limitado el tiempo. Visitamos no obstante el 1.º de Diciembre la Reducción de San José, en donde yo dije Misa y el P. Úrios les hizo un sermoncito adecuado á aquellas gentes, y como hablan entre ellos bastante puro el manobo, después del sermón se entretuvo un buen rato, cogiéndoles muchas palabras manobas con que aumentar el caudal de su repertorio. Muy pobre es esta visita; y su pobreza se nota no sólo en sus cuerpos demacrados por el hambre, sino aún más en sus rasgados vestidos, algunos de los cuales apenas se les puede llamar tales, no faltando en los de poca edad, sobre todo niños, quienes sólo visten el ropaje de que la naturaleza les dotó antes de nacer. Aumentó su miseria el haber los ríos Mancagay y Tibamban inundando, en sus crecidas avenidas del mes de Noviembre, su pueblo y sementeras colocados en una hermosa llanura entre los dos nombrados ríos, por lo que nos pidieron autorización para trasladar el pueblo y sementeras á otro lugar fuera de este peligro, no lejos del actual, más cerca de Sigáboy y en la misma playa. Mucho me gustó esta manifestación, fuimos los dos Padres acompañados de los más principales de la Reducción á reconocer el terreno por ellos escogido, y reconocida la buena calidad de la llanura escogida y sus abundantes y cercanas aguas, dimos nuestro asentimiento á lo que ellos pedían y el mismo día, en un pequeñito baroto, como habíamos ido, volvimos á Sigáboy.

«El día 2 de Diciembre, víspera del Santo Patrón, el alegre y prolongado repique de las campanas, flautas y disparos de escopeta anunciaban al reducido número de vecinos de Sigáboy la principal fiesta del pueblo, y lo más granado de entre ellos se dedicaron con esmero al adorno del santo templo, de modo que presentaba bello y elegante aspecto, según alcanza su estado y sus bienes. Para todas las grandes solemnidades D. Mariano Generoso es quien se encarga de arreglar con gusto el santo templo. Torrenciales lluvias nos obligaron á diferir la fiesta hasta el 5, en cuya vigilia cantamos Vísperas, con acompañamiento de armonium. El día de la fiesta amaneció sereno y hermoso, por lo que á la Misa cantada concurrió gente de Matti y otros circunvecinos que atentos escucharon el sermón, en su propia lengua, predicado por el P. Úrios. Aun no había acabado la Misa, que las nubes ya nos regalaban de nuevo sus abundantes aguas, que acabaron de poner las calles intransitables, por lo que fué preciso suspender la procesión para el día de la Inmaculada; habiendo también en su día cantado la Misa con sermón, y por la tarde se hizo la procesión con mucha concurrencia.»

ESTADÍSTICA DE LA COMPAÑIA DE JESÚS. — Dignos son de ser apuntados los progresos realizados durante los últimos años por la Compañía de Jesús. Encuéntrase hoy dividida en 22 provincias, que bien pueden decirse abarcan toda la redondez de la tierra.

La provincia de Alemania cuenta con 1,622 Padres y 1,141 aspirantes. España tiene dos provincias, Aragón y Castilla, con 1,002 Padres y 1,070 novicios. Francia cuenta con 1,633 Padres y 889 alumnos. Inglaterra, 984 Padres y 920 novicios. Italia, 783 Padres con 601 aspirantes. Vienen después las provincias de Bélgica, Holanda y otras de menor importancia. La de Méjico es la última, pues tan sólo cuenta 43 Padres y 91 novicios.

En Méjico ha sido perseguidísima la Compañía por Gobiernos que, como el de Juárez, bien pueden ser considerados como precursores de Bismark, el implacable enemigo de la Santa Sede.

TRABAJO LINGÜÍSTICO.—Hace poco tiempo recibió el Padre Santo en audiencia á un sabio eclesiástico, profesor de lingüística,

el abate Juan Jacobo Cacola, que regaló á Su Santidad un álbum manuscrito interesante. Lleva por título *Album Lingüístico Leoniano*, y contiene la composición sobre la muerte, que en versos latinos se sirvió el Papa León XIII dedicar á César Cantú, con su traducción en todas las lenguas de Europa y en los principales dialectos de Italia. En suma, cuenta 60 versiones de la tal obra poética, 34 de ellas en diversas lenguas y 26 en dialectos, y ordenadas científicamente, según la familia á que cada lengua pertenece.

El álbum forma un magnífico volumen en folio mayor con encuadernación de seda blanca, cantoneras doradas y las armas pontificias en la tapa superior.

En cada hoja, de fuerte papel bristol, está escrita una de las versiones, encerrada en un airoso recuadro de color.

Como el abate conoce, unas más y otras menos, todas las lenguas de Europa, ha podido escribir de su puño y letra cada versión, y lo ha hecho con tinta negra, empleando caracteres alfabéticos propios de cada género de idiomas, á saber: griegos, latinos, alemanes, rusos, turcos, albaneses, etc., etc. Sobre cada palabra de una traducción va inscrita con tinta roja la palabra italiana correspondiente.

Dicho álbum se imprimirá más adelante con numerosas notas históricas y lingüísticas.

VARIEDADES

LA MORENITA DE REGLA EN ORIENTE

RELATO DE UN MISIONERO

MILAGROS están sucediendo hoy por intercesión de la Virgen Santísima de Regla de Andalucía, que nada dejan que desear á los de los pasados tiempos.

Si un voto explícito y hecho con toda deliberación no me obligara á poner de manifiesto un favor extraordinario que yo recibí, y conmigo recibieron otras muchas personas, en tierras de Oriente, por intercesión de la titulada *Morenita de Regla*, jamás hubiera tomado la pluma, y arriesgado tal vez á indignar al público con mi desaliñado escribir.

Era el 18 de Diciembre: once cañones turcos se disparaban noche y día sobre la villa de Zeitún en Siria. Sesenta y dos mil musulmanes llenos de ira lanzaban las balas de otros tantos fusiles sobre la dicha población, y condenaban á exterminio, no sólo á los diecinueve mil cristianos que allí estábamos refugiados, sino también á las mismas bestias y casas de aquella localidad. La sentencia de muerte estaba dada. Ferik-Bajá, comandante de las huestes musulmanas, había dicho que bebería la sangre de los niños que encontrase en la cuna, y que borraría para siempre el nombre de Zeitún.

Los tres mil zeitunleses que defendían la plaza, y que defendían á todos los que como yo, después de ver quemar nuestras casas y nuestros pueblos, escapando de la muerte nos habíamos refugiado allí, apenas podían presentarse delante de las tropas turcas; y habiendo perdido todos sus parapetos, estaban reducidos á la última defensa, á la defensa de las cuatro entradas, ó sean los cuatro puentes de la población. Eran guerreros, sí, pero su número no guardaba proporción con los batallones de Ferik-Bajá.

Este, después de batirlos en Bektiz-chaé y de quemarles la iglesia de Superguich, en donde los cristianos tenían suma seguridad, se había apoderado asimismo

del castillo inmediato á la villa, último refugio de los zeitunleses en aquella ocasión. La turbación de los ánimos cristianos era inmensa; todo se daba por perdido. Las mujeres se despedían de sus maridos; los maridos, á su vez, pedían perdón á sus mujeres; los niños lloraban en torno y regazo de sus madres; éstas, abrazando y besando á sus hijos, los alzaban en alto, presentándolos al Señor como inocentes, á fin de que por su intercesión tuviese á bien librarnos de tan gran peligro; los guerreros, pálidos como la muerte, dejaban caer sus armas para derramar una lágrima de compunción ante el Ser Supremo, que indudablemente permitiría su sacrificio.

Las campanas de las cuatro iglesias de Zeitún tocaban á muerto. Hombres, niños y mujeres corrían al lugar santo para reconciliarse con el Señor. Noche y día y á todas horas se daba la Comunión. Nueve sacerdotes no pudimos alzarnos del sagrado tribunal por espacio de treinta y tres horas. El arrepentimiento era general. Se hacían penitencias públicas en toda la villa de Zeitún; las mujeres, cubiertas de sacos, se hacían arrastrar por las calles y lugares inmundos, implorando del cielo clemencia y perdón; algunas, tomando en sus manos piedras de bastante magnitud, dábanse golpes de pecho tan terribles, que se hacían brotar sangre en cantidad. Los hombres arrojaban á la calle todas las prendas que por haber sido mal adquiridas, era á ellos ilícita su posesión; muchos hacían votos de no jurar ya jamás; otros, de no beber vino en lo restante de su vida; unos, de no pegar á su mujer, y otros de abandonar una compañía que le estaba prohibida por la ley. Cada cual pensaba al remedio del propio y particular vicio, que era la causa de aquel patente y claro castigo del Señor.

Entre tanto Ferik-Bajá, considerando suya la plaza, daba descanso á sus tropas. Aquel mismo día un delegado de este oficial anunciaba á Zeitún su rendición.

Los zeitunleses cristianos nunca se habían visto en tal aprieto ni en tal humillación: el rendirse era morir, y el no hacerlo así lo era también. Sólo un auxilio de Dios podía librar á Zeitún del exterminio total. El número de 3,000 guerreros era insignificante é impotente ante los 62,000 combatientes de Ferik-Bajá. Estos tenían cañones, tenían fusiles *Martin* y estaban pertrechados de toda arma que pudiese ofender; aquéllos, careciendo de todo lo demás, estaban reducidos al simple fusil de chispa, que en tales trances apenas se encuentra tiempo para cargar. El conflicto era terrible, y ninguno de los guerreros cristianos se atrevía á darle una solución. Nadie quería responder al delegado y á la proposición de Ferik-Bajá.

Sin embargo, las mujeres de Zeitún, que confiaban más en el poder de Dios que en el de los fusiles, reprochaban al delegado el haberse atrevido á hacer una propuesta tan humillante á los cristianos, que no la admitirían jamás de los jamases.

—Anda, decían al delegado, di al comandante de vuestras tropas que aquí le esperan nuestros maridos con fusil en mano para defenderse hasta morir. Cuando éstos perezcan, estamos también nosotras y nuestros hijos dispuestos á cortar la cabeza á otros tantos soldados como los que tiene ahí.

La batalla estaba nuevamente declarada. Los guerreros cristianos, bajando la cabeza se preparaban á la pelea. Pálidos, temblorosos y con ojos chispeantes, miraban á la montaña, esperando el momento terrible en que estallase el cañón y Ferik-Bajá avanzase. Ningún movimiento hubo aquel día.

Amaneció el 26: día triste y angustioso. Movidos como por electricismo, retumbaron once baterías á la vez. Los alaridos de aquellos 62,000 bárbaros por una parte; el rumor de las baterías por la otra; el sonido de las cornetas, juntamente con los silbidos de la fusilería por parte de la tropa; los gritos, gemidos y llantos por parte de los refugiados de Zeitún, daban tal color á aquel cuadro, que el describirlo sería imposible á mi pluma, por más que lo intentase hacer.

El combate comenzó á las cinco de la mañana, terminando á las ocho de la noche. Nueve veces tocó el corneta orden de avance sobre la villa, y nueve veces se vieron obligados los soldados á retroceder. Los ciertos disparos de los cristianos habían impuesto el respeto á los batallones del Bajá. Más de 220 turcos cayeron muertos en el combate del 26. Ferik-Bajá jamás se hubiera supuesto tanto heroísmo ni tanto valor.

—Es el último esfuerzo, decía, es la última rabia y la última bilis que vomitan los perros cristianos; es el último á la par que inútil escalofrío y rechinamiento del infeliz que va á morir. Mañana no será así.

Aquella noche los guerreros zeitunleses conocieron bien á fondo el peligro en que se hallaban sus vidas, y la crítica situación de la hasta allí tan inexpugnable plaza de Zeitún. Cansados de una pelea de quince horas continuas, después de dejar los correspondientes centinelas, se retiraron á descansar. Era necesario tomar fuerzas para resistir siquiera un día más.

Las campanas seguían tocando á muerto; se hacían penitencias públicas y reconciliaciones como el día anterior. Los guerreros eran animados por sus mujeres á pelear.

—Si Dios está con nosotros, se decían mutuamente guerreros y refugiados, imposible es que Ferik-Bajá penetre en Zeitún.

Un niño de nueve años, un huérfano acogido por los Padres Franciscanos de Yenige-kalé, refugiándose también allí, contaba con toda sencillez el caso que durante la batalla de aquel día le había pasado con una fotografía de la *Morenita de Regla* que cinco años antes le había dado uno de los Padres, diciéndole que la conservase hasta morir.

—Cuando oí, decía el buen niño, el estampido de los cañones y la gritería de mis compañeros que lloraban, yo me retiré asustado á aquel rincón de la gruta, y pegando á la pared la fotografía de la *Virgen Morena*, me puse á rezar el Rosario á sus pies. Al llegar á la Letanía cesaron los disparos de cañón y de fusil, y cesaron también los llantos de las mujeres de Zeitún. Pasaron veinte minutos, y de nuevo comenzó el ataque, de nuevo comenzó aquel infernal rumor. Yo asimismo de nuevo comencé el Rosario á los pies de la *Virgen Morena*, y al pronunciar el *Santa Maria* de la Letanía, de nuevo cesó el rumor de las baterías y fusilería de Ferik-Bajá. Pasados unos veinte minutos se repitieron nuevamente los cañonazos; pero al terminar yo el

tercer Rosario, éstos terminaron otra vez. Esto observé muchas veces hasta muy de noche, en que parándose aquel horrible ruido no se volvió á repetir.

La noticia se propaló como un relámpago en Zeitún. Mujeres y hombres acudían á contemplar una Virgen que no habían visto jamás; una Virgen mora; una Virgen que siendo negra como los soldados de Ferik-Bajá, obraba milagros á favor de los cristianos de Zeitún.

—No digáis negra, ni mora, gritaba el niño, no digáis *pecados*: se llama *Morenita de Regla*, como me dijo el Padre de Yenige-kalé.

Amaneció el día 27, el día más terrible que conocieron en aquella época los cristianos de Zeitún. Ferik-Bajá debería salvar su honor entrando en la plaza, aunque fuese á costa de la sangre de la mayor parte de sus soldados. Había recibido telegrama de Constantinopla, de que sería reemplazado si no llevaba á cabo su misión.

A los primeros disparos de fusilería la gente empezó á retirarse á la iglesia católica, donde se hallaban los Padres Franciscanos y la *Morena de Regla*. La fe se reavivaba cada vez más. Entre aquel cerrado fuego que se hacía, aun de noche y antes de romper el alba, á las tres de la mañana; entre aquellos atronadores estampidos de cañón, que después de retumbar en las montañas vecinas, venía á hacer sobre nuestras cabezas una segunda y más terrible explosión; entre aquella confusión horrible y espantosa de alaridos bárbaros y amenazadores, no se oía ya gritar á los cristianos: ...*Allah, allahhh!*... (¡Dios poderoso!) sino más bien: *Aztuazacin... Aztuazacinnn!*... (¡Virgen Santa!).

Uno de los misioneros franciscanos, lleno de fervor y entusiasmo, arranca de manos de aquel niño la fotografía de la Virgen de Regla, y alzándola en aire, dice á los concurrentes:

—No temáis, esta Morena nos debe salvar. ¡Muchacho! dice al niño, empieza el Rosario, y oren todos con fervor.

Estábamos en el segundo misterio, y aquel ruido infernal de cañones, fusiles, alaridos y gritos por todas partes aumentaba de grado en grado, y cada vez con mayor confusión. No faltó momento en que se oyó repetir la voz de *Entraron ya en la plaza*. El pánico era mortal. El misionero detenía á la gente á fin de que no se escapase, animaba á todos ellos á terminar el Rosario que con tanto fervor se empezara.

Estábamos en el tercer misterio del Rosario, y aquella confusión atronadora seguía cada vez peor; rezábamos el cuarto y aumentaba aún más; decíamos el quinto, y ninguna variación; se empiezan las Letanías, y al pronunciar *Regina Martyrum*, el fuego terminó. Preguntado á los guerreros zeitunenses cuánto terreno habían avanzado las tropas, respondieron que ni siquiera un paso más de la que habían adquirido el día anterior.

Pasan veinticinco minutos de reposo, y de nuevo empezó la batalla y con ella la confusión.

—¡Al Rosario! gritaban los niños; ¡al Rosario! repetía la población.

La lucha se hacía con más calor que nunca, pues Ferik-Bajá estaba avergonzado del mal resultado que le ofrecía una pelea cuyo número de combatientes era tan desigual. Nosotros continuábamos el Rosario: al primer

misterio, nada nuevo; al segundo, tercero y cuarto, cada vez peor; al quinto, ninguna variación; al empezar las Letanías, la lucha terminó.

Preguntado á los zeitunenses el efecto del combate,

—Están en el mismo puesto, respondieron, y aun no han podido dar un paso más hacia la plaza de Zeitún.

Pasa una hora de reposo y nuevamente se oye orden de corneta, que en un momento puso en juego todas las líneas de Ferik-Bajá. Los guerreros cristianos habían aprendido las órdenes de batalla, y á este sonido cogieron al punto sus armas y se colocaron en orden de defensa. La lucha comenzó más terrible que antes y con más rabia que nunca.

Nosotros tomamos el Rosario asimismo con más fervor que al principio, y al empezar el quinto misterio el combate había terminado ya. Ferik-Bajá comenzaba á desanimarse en su empresa, y los cristianos veían patentemente la especial protección de la *Morenita de Regla* sobre Zeitún. Todos llorábamos de gozo, y todos fiados en aquella Madre esperábamos un próspero resultado final.

Los combates se repitieron hasta las once de la noche de aquel día; se repitieron también muchas veces en los días restantes; pero nunca pasaban del tiempo que con el Rosario en mano, le fijaba el niño ya dicho, acompañado de los Padres Franciscanos y del resto de la población armeno-católica de Zeitún. El milagro no tenía duda; era una cosa cuya prueba todos la podían hacer. Los besos que se prodigaron á la fotografía de la *Morena*, son indescriptibles.

Llegó el año nuevo: terminó la jornada de 1.º del 96, y Ferik-Bajá dió por imposible la entrada en la plaza de Zeitún. Desde aquel día, sin disparar un cañón ni un fusil más, se redujo al simple asedio de la villa, esperando rendir por hambre lo que no había podido rendir con el *Martin*.

Cuando después se hizo la capitulación, los oficiales y soldados de Ferik-Bajá preguntaban á los cristianos de Zeitún: ¿quién era aquella joven que montada á caballo salía, en todos los combates, y giraba al rededor de aquella villa? Millones de fusiles se dispararon sobre aquella mujer, decían, y nunca la pudimos matar, ni siquiera herir.

Era la Morenita de Regla, que por primera vez se quería dar á conocer en Oriente, en las tierras de Abdul-Hamit.

FR. MANUEL TRIGO.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE

Para el Ilmo. Godofredo Pleckmans, obispo de Lahore
(Indostán)

Casiana Núñez Fuentes, viuda de Losada Blanco, de Santiago.	250	ptas.
Miguel Marín y Gómez Pérez, de Santiago.	240	80 »

Para las Misiones más necesitadas

Pedro J. Alcorta, de Elgoibar.	2	»
--	---	---

(Se continuará).

TIPOGRAFIA CATOLICA, Pino, 5, Barcelona